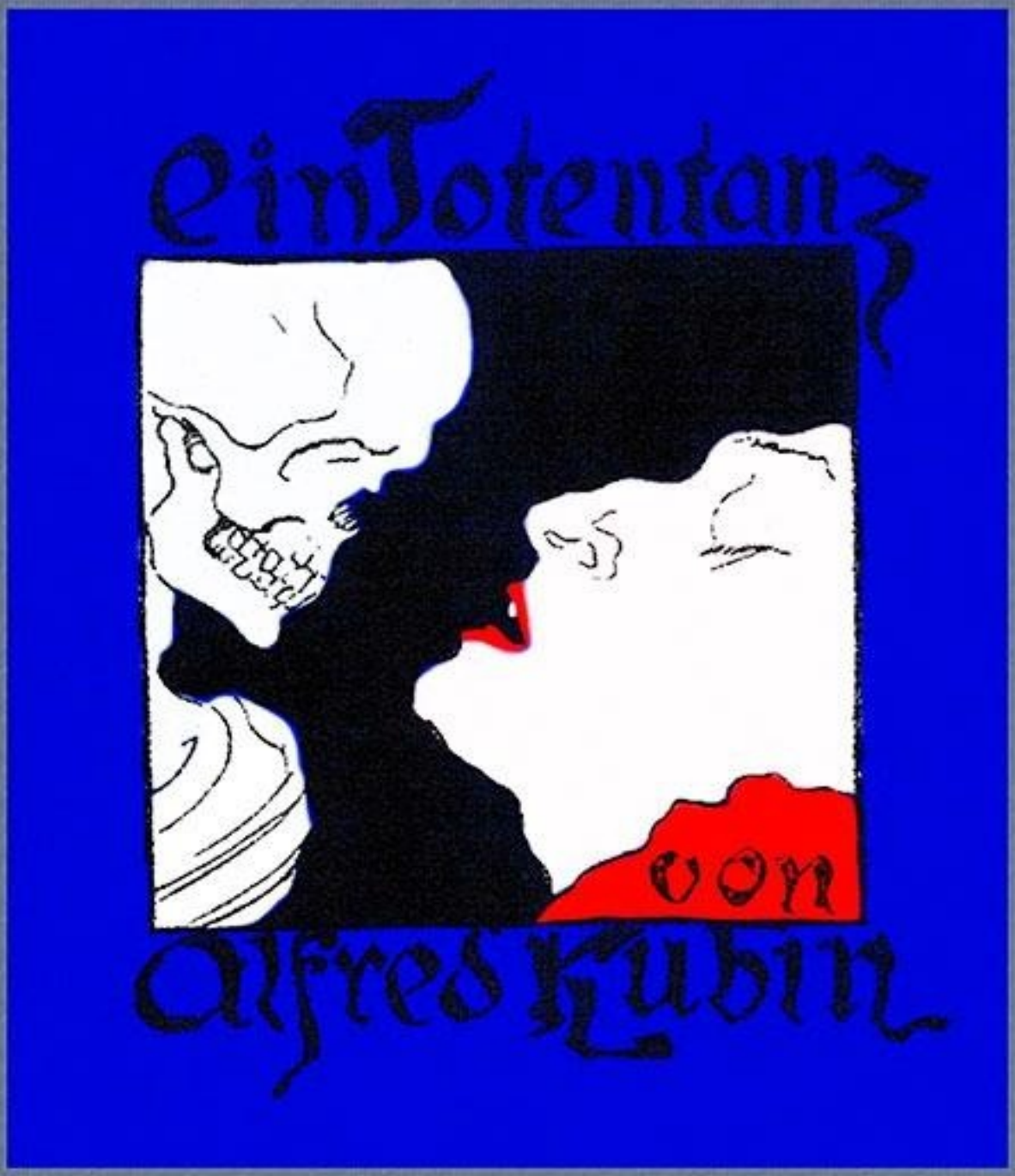
ALFRED KUBIN

El gabinete de curiosidades
Autobiografía



Lectulandia

Alfred Kubin, pintor, grabador y dibujante, con sus imágenes oníricas y visionarias crea un mundo inquietante que refleja la convulsa belleza delas cosas sometidas al imperio y las desgarraduras del tiempo. Ilustró obras de E. A. Poe, Kafka, Nerval y Fiodor Dostoievski. Publicó algunos ensayos de critica de arte, una autobiografía y numerosos relatos, que es lo que recoge esta edición.

El título “Demonios y fantasmas de la noche” que acompaña a su *Autobiografía*, ilustra a la perfección el mundo tenebroso y visionario del escritor y pintor del expresionismo austriaco Alfred Kubin.

Lectulandia

Alfred Kubin

El gabinete de curiosidades - Autobiografía

ePub r1.0
orhi 25.03.15

Título original: *Le cabinet de curiosités - Autobiographie*
Alfred Kubin, 1925
Traducción: Jorge Segovia & Violetta Beck
Ilustraciones: Alfred Kubin

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL GABINETE DE CURIOSIDADES
AUTOBIOGRAFÍA

Rito de paso

Fang, calígrafo de renombre, vivía cerca de una ciudad de la provincia china de Se-tchuan. Poseía una pequeña propiedad, una casa situada en un pintoresco jardín caído en el abandono. Su mujer, Niang-Niang, que había sido muy bella en su juventud, era hija del rico granjero de un dominio imperial de la provincia vecina, y ambos vivieron largo tiempo felices. Fang pintaba día tras día sus caligrafías, que con frecuencia eran máximas —destinadas a los santuarios— que orlaba de dragones. Pintaba también bellas representaciones de las ocho divinidades celestes y de los veinticuatro soberanos del infierno, que los devotos, de buena gana, entregaban al templo como ofrendas. Muy pronto huérfano, aprendió la pintura con un viejo monje que lo había tomado a su cuidado y regía el convento donde transcurrió la juventud de Fang. Como el venerable anciano sentía que se acercaba su fin, le entregó a Fang, que entre lágrimas permanecía a su lado, un rollo en el que figuraba el dibujo de un viejo maestro desconocido. Pintado sobre seda amarillecida, a tinta china negra, representaba un caballero y una serpiente en un paisaje desértico. El anciano maestro le hablaba con una voz apenas audible a Fang, que lo escuchaba respetuosamente: “Estudia una y otra vez este dibujo, intenta penetrar sin desmayo en su prodigiosa técnica y sacarás provecho de tu perseverancia”. Aún tuvo tiempo de ofrecerle algún florilegio de poemas espirituales, y, poco después, entregó su alma.

Fang guardó las últimas palabras del moribundo en su corazón, como un mandamiento sagrado. El estudio de aquel dibujo y aquellos libros con espléndidos caracteres que contenían la sabiduría de tiempos pasados, le ayudó a progresar y vivir tranquilo. Se casó joven y se instaló con su mujer en la propiedad que ésta había aportado como dote. Se aisló en aquel lugar, y era allí donde también recibía a sus visitantes, que debían acudir a su morada si querían un trabajo ejecutado por su mano.

Años más tarde ocurrió que una desgracia vino a turbar aquella vida tranquila: Niang-Niang llevaba mucho tiempo enferma. Cada uno de los médicos que el pintor consultaba le daba al mal un nombre diferente, cada uno prescribía sus remedios, pero nada se podía hacer. Fang acabó por creer que su mujer estaba poseída e invocó al diablo. Esa tentativa fracasó igualmente, y, después de penosos meses de languidez, Niang-Niang, agotada, murió. El esposo, abatido, hizo levantar una gran sepultura. Pintó sus más bellas máximas y dibujó las más bellas figuras de dioses sobre el féretro. Acudía con frecuencia a arrodillarse allí, para pensar en la muerta y en los días felices que tan rápido habían pasado a su lado. Ella se le había vuelto absolutamente indispensable, ella que estaba ahora ausente de su casa y de su vida. Lo que más añoraba era su alegría y veía claramente que, sin ella, le sería imposible continuar viviendo como antes. Pronto iba a tener sesenta años, pero no lo parecía: la piel de su cara todavía era tersa y sus ojos castaños aún estaban llenos de vida. Pensando que sólo una mudanza podría ayudarle, decidió pasar el resto de sus días con su cuñado. Éste vivía muy lejos, en la ladera mongol de los montes Tannu, que se extienden del gran Altai hasta el corazón de China.

Aquel familiar dedicaba sus días a recoger y secar los frutos, y, como había oído decir el pintor, debía vivir allí muy a su gusto.

El viaje duraría tres meses y le llevaría a regiones totalmente desconocidas. La decisión era audaz para un hombre viejo, pero Fang no se arredró, y acabó convirtiendo su propiedad en dinero. Adquirió entonces un robusto mulo, cogió el rollo ilustrado recibido en herencia, los libros del maestro, que había sido como un padre para él, y partió para ese largo periplo el día mismo de sus sesenta años.

Recorrió las regiones más maravillosas, bordeó ríos larguísimos, atravesó bosques silenciosos e interminables, así como ciudades florecientes. Hasta entonces, había visto pocas cosas del mundo, pero ahora ya no era capaz de grandes esfuerzos. A menudo se agarraba, fatigado, a su montura; su cara amarillecida se cubría poco a poco de numerosas arrugas. Con frecuencia, por la noche, caía rendido, lleno del sentimiento de que los mejores momentos de su vida habían pasado. Pero la mañana lo encontraba de nuevo fresco y dispuesto, y continuaba buscando su camino sin cansarse, informándose entre las gentes del lugar. Era hacia la época de la primera cosecha del té y habían transcurrido cerca de ocho semanas desde su partida. Ahora debía franquear una montaña muy escarpada. A las tres de la madrugada, Fang, derrengado a pesar de su última pausa, se encontraba a bastante altura en la montaña, lejos y por encima de todos los pueblos. El valeroso mulo trepaba lenta y regularmente la ruta de montaña que cada vez se hacía más difícil. En la cumbre, Fang vio repetidas veces sobre la pared rocosa las máximas sagradas: *¡Om mari padme hum!* que allí habían pintado en gruesos trazos azules los peregrinos budistas. Aquellas oraciones en sánscrito hacían referencia a la reencarnación de Buda a partir de una flor de loto y significaban: “¡Om! ¡El tesoro está en el loto! Amén.” Eran los últimos signos de vida humana. A partir de allí, ya no podía hablarse de camino, el mulo llevaba a su caballero por una sombría trocha de piedras. Sólo se veían allí algunas matas de hierba y pobres matorrales de hibisco, y el pintor dejaba que su montura buscase por sí misma su camino a pasos inciertos entre las piedras inestables. El animal se enfoscaba a menudo y se negaba a continuar. Fang, arrancado de sus ensoñaciones con un sobresalto, miró en torno a él. A sus espaldas, el sol estaba a punto de ocultarse. Ante él, sólo había una comarca salvaje, de infinitas colinas pedregosas por todas partes. Fue entonces cuando sintió que un raro estremecimiento le recorría la columna vertebral. Un sentimiento extraño, y, sin embargo, familiar, penetró en su corazón en el instante mismo de ver una serpiente de un color gris y abrillantado que, saliendo de una fisura del suelo, lanzaba su lengua contra el mulo. Fang sacó su corta espada, dispuesto a matar aquel reptil que le horrorizaba y atraía a la vez, en caso de que éste se volviese peligroso. Pero fue inútil. Como si lo hubiera pensado mejor, la serpiente, cuyo ropaje de escamas salpicado de múltiples colores tenía reflejos metálicos debido al sol poniente, se deslizó bajo una piedra con un silbido que parecía una risa para sus adentros. La luz del sol desapareció en el horizonte, y, casi al mismo tiempo, cayó un crepúsculo pálido. El

pintor, aliviado, quiso enfundar su espada y fue en ese momento cuando su mirada encontró por azar su propia imagen reflejada en la ancha funda plateada. La nariz anormalmente afilada, los ojos hundidos en las órbitas: era la imagen petrificada de un moribundo.

Interiormente, se sentía lleno de valor y colmado de una profunda alegría. Pensaba en el rollo ilustrado y sabía que la serpiente era el símbolo del final de su vida. El mulo y su caballero se perdieron entonces en las tinieblas, que ahora invadían raudamente la región desértica.

El sultán fatigado

El guía de los creyentes, el califa Abdul Aziz, al que el pueblo llamaba la Sombra de Dios, se había retirado como casi cada noche en estos últimos tiempos a uno de los numerosos pabellones del jardín del viejo serrallo. El “quiosco del pavo real” donde al tímido sultán le gustaba pasar solo las horas que precedían a la caída de la noche se encontraba sobre las altas orillas del mar de Mármara, oculto en parte por árboles y abundantes matorrales. El estado en el cual —trigésimo segundo príncipe del linaje de los Osman— encontró el Imperio turco tras su llegada al trono era, como se sabe, tan desesperado, que hubiese hecho falta una mano particularmente enérgica y una voluntad particularmente firme para imponer nuevamente el orden. La prosperidad del Islam había declinado hacía mucho tiempo, desde hacía siglos, y, del poder temporal del Padischah, no quedaban más que algunos vestigios. Los errores de sultanes y visires, las exacciones de los pachás acabaron por empobrecer los campos uno tras otro. A eso se había añadido en los últimos tiempos la avidez de las grandes potencias, y, nadie, a poco que estuviese informado, podía dudar ya del fin inminente de Turquía. Uno de los más clarividentes sobre ese punto era, además, el avisado Abdul Aziz mismo. Ante las múltiples e insuperables dificultades que necesitaría superar para salvar una vez más a su imperio, una extraña transformación se operaba en el corazón del déspota. Trastocó todos los proyectos de “guerra santa” que su sed de poder había concebido. Con una soberbia y sincera despreocupación, comprensible solamente a la luz del fatalismo de los orientales que creen fanáticamente en la predestinación, el sultán decidió —cuando las dificultades arrastraron a su país por la pendiente a la que son condenados los imperios abandonados por sus gobernantes— consagrarse sólo a los placeres a los que le daba derecho su rango de Padischah.

Como hombre previsor, no pensando más que en su propio futuro, reunió numerosos tesoros, recurriendo para ello a toda clase de oscuros medios. Lingotes de oro, piedras preciosas sin tallar, perlas de grosor y colores extraordinarios, magníficas armas antiguas damasquinadas fueron escondidas en vastos subterráneos secretos. También se ocupaba, de la mañana a la noche, en desarrollar su suntuoso harén y sus emisarios debían encontrarle a cualquier precio a las más bellas entre las más bellas mujeres de todas las provincias. Conocemos el nombre de setenta y nueve de sus favoritas. Mas, el sultán comenzó a acusar físicamente el golpe de sus placeres. Abdul Aziz no podía ocultarlo. Sobre aquel cuerpo que descansaba sobre unas cortas piernas, su rostro se mantenía aún terso, los ojos bellos y las cejas notablemente tupidas, pero aunque sólo contaba cuarenta y seis años, el guía de los creyentes tenía la apariencia de un sexagenario —lo que no parecía inquietar a sus médicos personales. Los abundantes placeres de tal modo de vida reclamaban mucho sueño y como éste no llegaba, se operó una segunda transformación en la singular naturaleza de aquel soberano. Repentinamente, se apartó de la sociedad e incluso de sus bienamadas mujeres. Nadie, ni su anciana madre, la sultana Validé, podía acercársele sin arriesgarse a la pena de muerte. Así vivió en adelante Abdul Aziz, como un

hombre que rechazaba todos los placeres, incluso los vinos que hasta aquel momento no había visto con mal ojo sobre la mesa, a pesar de la prohibición del Corán. En el soberano que comenzaba a buscar la soledad, apareció una tendencia opuesta al libertinaje sensual que había caracterizado el último período de su vida.

El exceso en todo parece en los asiáticos una necesidad natural. En Abdul Aziz, el exceso se había vuelto intelectual. Pasaba la mayor parte del tiempo soñando con la época de su feliz juventud, hurgando amargamente en sus recuerdos a la búsqueda de esos momentos de felicidad lamentablemente enterrados. Cantidad de imágenes imprecisas lo ocupaban sin tregua, ora una jornada de caza en la que había participado al lado de su padre, ora una fiesta nocturna a la que había asistido en compañía de francos, fiesta a la que actualmente se negaría a asistir. Permanecía sentado bajo la techumbre de su “quiosco del pavo real” en una actitud meditativa, una vez más apoyado sobre los suaves cojines de su otomana, abandonado a la vaga luz de una visión interior, en tanto que a lo lejos discurría el Bósforo y el débil canto de un pájaro que se adormecía llegaba hasta sus oídos. En ese momento se le apareció, vestida con un velo delicado, la imagen prodigiosamente bella de aquella extraña esclava, muerta en plena juventud, que le hizo conocer por vez primera los placeres del amor. Había sido su hermana Djemila quien se la había ofrecido. Mucho tiempo había pasado desde su muerte, pero su imagen giraba de nuevo sin ruido, ante aquel hombre envejecido prematuramente, con aquella extraña e incomparable danza que antaño había encendido la sangre del príncipe. “¡Quédate!”, musitó el sultán reclinando su cabeza sobre un cojín. Pensaba aún en la aparición que comenzaba a desvanecerse cuando sucumbió al más largo sueño que jamás se haya visto. Sus servidores permanecieron cerca de él, aun cuando siguió sin recobrar la conciencia.

Ocho días más tarde, Abdul Aziz fue destronado y muerto por manos criminales.

La caza del vampiro

Si ya, en un solo individuo, pueden producirse en las regiones desconocidas de su alma fenómenos tan asombrosos como los que acabamos de ver, ¿cuál ha ser, entonces, el poder de la imaginación de muchas personas dominadas por una misma visión alucinatoria? Esa fascinante esclava, esa danzarina era sólo una fatamorgana: aparte del sultán, nadie podía verla, pero la imagen que voy a describir ahora ha acabado por convertirse en una criatura de carne y hueso susceptible de ser medida, pesada y fotografiada.

No hace mucho tiempo, los habitantes del pueblo de Valpellino, en el Piamonte, han estado durante muchas semanas perturbados y sobrecogidos de miedo: corría el rumor de que había sido visto un vampiro. En el pueblo, en casi toda la Italia del norte y en particular en la frontera de Saboya, la creencia en los vampiros ha permanecido hondamente enraizada hasta hoy. Es por lo que, en Valpellino, las gentes se muestran muy sensibles a las afirmaciones de algunas arpías que creyeron haber visto un animal desconocido entrar de manera sospechosa en los establos para chupar la leche de las mismas ubres de las cabras. A decir verdad, sus opiniones sobre la naturaleza y el aspecto del intruso divergían ampliamente. Algunas creían haber visto un enorme pájaro de color oscuro, otras un animal parecido al gato salvaje. Sólo coincidían en un punto: debía de ser una criatura repulsiva, pues dejó tras de sí un pestilente olor. El maestro —quizá el único hombre instruido del pueblo— tomó inmediata y enérgicamente la decisión de oponerse a esas historias absurdas, pero ya era demasiado tarde: “testimonios” más o menos detallados, que parecían confirmar la existencia de un vampiro, llegaban ahora de todas partes. Algunos días más tarde, los niños hasta entonces con buena salud comenzaron a quejarse de extraños dolores, de vértigos, de temblores y vómitos; incluso algunos cayeron seriamente enfermos. La superstición, tan vieja como el mundo, salida de tiempos paganos, se vio entonces poderosamente reforzada.

Y ése fue precisamente el momento que un joven filólogo (un antropólogo) de Heildelberg, que estaba de vacaciones en la región, escogió para hacer una excursión a Valpellino. Se interesó vivamente por el asunto e incluso dio una disertación, entre los pueblerinos, que lo escucharon cautivados; disertación en la que defendió la idea de que la existencia de vampiros y semejantes criaturas fabulosas pertenecía por completo al dominio de lo posible. Persuadió a todo su auditorio, y, tras una encendida discusión con el sabio, el mismo maestro acabó por dudar de su propio escepticismo. En el espacio de algunos días, todos los habitantes de Valpellino, bebés y cretinos incluidos, dieron forma imaginaria al vampiro. Pues, de hecho, nadie lo había visto hasta el momento en carne y hueso.

Pero aquello no tardó en cambiar. Las muchachas y las mujeres se horrorizaban ante la menor marca roja en su cuello o sobre su pecho. Algunas afirmaban, sobreexcitadas, haber sido rozadas por una mano velluda o algo parecido en la oscuridad y ser sacadas así de su sueño. Las más atemorizadas atrancaban todas las noches puertas y ventanas o, para no permanecer solas, dormían en casa de los

vecinos. Se mantenían en vigilia hasta muy tarde, entre rezos, y rociaban las paredes y camas con agua bendita. Jóvenes y arriesgados mozos que querían sorprender al vampiro en sus actividades diabólicas se escondieron en el establo, disimulados tras las gavillas de heno y armados hasta los dientes durante buena parte de la noche, dejando la puerta abierta para cogerlo en una trampa. En un momento dado, vieron una sombra, percibieron claramente un resuello de gato salvaje, oyeron un crujido, pero la criatura desapareció incluso antes de que hubiesen podido hacer un solo disparo. Ahora ya no había ninguna duda, ¡el vampiro estaba allí!

Cuando la imaginación excitada se queda prendida en una quimera, ésta acaba por materializarse antes o después. Aún no hemos comprendido de una manera total lo que es nuestra Tierra: ésta obedece a esa ley desde la eternidad. Se inventa en los animales y las plantas órganos sutiles llenos de secretos. En el hombre, que posee por añadidura un aparato para pensar, puede formarse la ficción de una libre determinación de la voluntad. La fuerza extrema de la Tierra, que deriva en el Infinito, se encarna, reacciona entonces por intermedio de su criatura, el hombre, encuentra en su pensamiento y en sus sentidos una materia en la que se imprime con precisión. He aquí por lo que es importante que cada cual preste atención a sus deseos y temores. Si los compartimos plenamente con uno o más de nuestros semejantes, entonces pueden, repentinamente, tomar cuerpo. Eso lo saben los más juiciosos de entre nosotros, y así es como se explica que creamos en brujas y cosas parecidas.

¡Vayamos, pues, al encuentro del vampiro! Durante una noche de sofocante calor murió una religiosa, sin la asistencia del cura. La encontraron estirada, como si durmiese. Cuando, por la mañana, llegaron los parientes para lavar el cuerpo, descubrieron una minúscula picadura, un poco de sangre seca, y, no lejos, un diente de ajo. La horrible sospecha se convirtió en una certeza cuando una espantosa criatura, que recordaba a un murciélago, salió de debajo de la cama de la muerta. Torpe y enloquecida, revoloteó hacia la puerta abierta. Como era a mitad de la mañana, se pudo ver claramente a la infame bestia girar varias veces en torno al pequeño campanario antes de ocultarse en su interior. Intrépidos, los que dirigían el asalto tomaron rápidamente las riendas del asunto, consiguieron expulsarla de allí, y, en poco tiempo, cincuenta jóvenes equipados con toda clase de armas de fuego, emprendieron la caza del monstruo. Ésta sólo finalizó cuando le dieron muerte. Enseguida se dieron cuenta de que, a plena luz, la bestia sólo conseguía volar torpemente y sin seguridad. Se la persiguió de árbol en árbol hasta las laderas del monte Faroma. Presintiendo su fin, la bestia perseguida se posó sobre una roca. Uno de los perseguidores se deslizó silenciosamente cerca de ella y la mató a quemarropa, poniendo así fin a toda aquella inquietud.

Fue el estudiante de Heildelberg, el cual me visitó hace poco tiempo, quien me contó todo eso. Me describió así la bestia: tenía la talla de un perro mediano y el cuerpo cubierto por una sedosa piel de color gris oscuro, un poco más clara al nivel del vientre. Proporcionalmente, sus alas eran cortas y de una forma imperfecta.

Lamentablemente, no pude saber nada de su envergadura. La cabeza era parecida a la de uno de esos perros de hocico chato y partido. Sobre sus dientes, no pudo darme ninguna información. Sus pequeños ojos negros, como el azabache, hundidos en sus órbitas, tenían una expresión maligna. Sus grandes orejas eran asombrosas y tenían una forma casi idéntica a las de los humanos, pero estaban verdaderamente muy sucias. Dos patas fuertes y robustas sostenían su cuerpo pesado; cada una terminaba en dos dedos con uñas inmensas. No tenía cola. Su cadáver pesaba 24 kilos 3/4. El maestro quiso enviarlo inmediatamente a Turín para que lo estudiasen, pero fue imposible. Después de algunos minutos, se descompuso entre olores espantosos, y, al cabo de algunas horas, de la bestia sólo quedaba en el suelo una masa podrida, irreconocible y pegajosa.

El intruso

Hace treinta años, ocurrió un triste suceso en una pequeña ciudad no lejos de donde vivo. El veterinario del cantón, un checo de gran talla, asombrosamente fuerte, le gustó a la hija del mayor terrateniente de la región, y, una vez convertida en su esposa, aquella joven frágil y menuda se fue a vivir con él. Cuando estaban juntos, la gente se sorprendía del contraste que ofrecían. Pero aparentemente todo iba bien entre ellos. Como pude observar a través de la verja del jardín —yo no era indiferente al encanto de la mujer del veterinario— la felicidad reinaba entre el joven matrimonio, y el gigante tenía verdaderamente mil detalles para aquella belleza. Para ser sincero, yo estaba muy enamorado de Laura, de su pelo castaño, de sus ojos de un azul profundo, de su mirada inquieta y temerosa. Ahora que pronto cumpliré cincuenta años, puedo admitir más fácilmente lo que el joven de dieciocho años sintió en otra ocasión: ese amor era absolutamente en sentido único y la situación tan desesperada como era posible.

El hermano de mi ídolo, que era mi compañero de colegio, conocía mi inclinación y estoy seguro que, a pesar de todas las promesas que me había hecho, le había hablado de ello al menos con medias palabras a su hermana; incluso es posible que la haya molestado insistiendo demasiado. Yo pasé en mi juventud por un perfecto cínico aunque, en realidad, era exactamente lo contrario, pero como a menudo hacen los jóvenes, ocultaba un profundo pudor y una verdadera modestia detrás de un discurso sin moderación y lleno de burla. Me tenían, pues, en mi pueblo, como en la pequeña ciudad donde estos incidentes tuvieron lugar, por un granuja al que la obligación de frecuentar la escuela profesional le venía de perlas para dar rienda suelta a aquella pasión desatinada. Esa mala reputación, se la debo a mis palabras, no a mis actos. Ciertamente, yo devoraba a mi ídolo con miradas muy insistentes; cuando era posible, la seguía a cierta distancia y siempre intentaba provocar algún encuentro. Pero aquello sólo servía, a decir verdad, para acrecentar la indiferencia de Laura hacia mí. Mis homenajes le parecían penosos y acabó por cogerme miedo a fuerza de verme merodear cada vez con más frecuencia en torno a su casa. Orgullosa e inquieta, seguía su camino, su hermosa y pequeña cabeza en otra parte, y no se daba cuenta ni de mis señas ni de mis elocuentes miradas. Como le contasen las historias que circulaban sobre mí, dejaba escapar palabras excepcionalmente duras para un ser tan dulce. Alguien que la conocía le dijo a mi madre que a ella no le gustaría encontrarse sola en la oscuridad con “ese asqueroso granuja” —era de mí de quien hablaba.

Su marido era quien menos podía sospechar de mi estúpida pasión por su mujer. Apenas tenía tiempo para cumplir con sus agradables deberes conyugales. Además de sus funciones oficiales, aun pesaba sobre él la carga de una agotadora actividad liberal relacionada con la crianza en nuestra región de una raza de ganado muy renombrada en todo el mundo. El veterinario pasaba a menudo la noche en los establos de los campesinos para aliviar a las vacas preñadas que tenían dificultades en parir. En mangas de camisa, bañado en sudor, aquel hombre fuerte como una roca,

permanecía a veces durante horas sobre el suelo al lado de la vaca, con la mano —e incluso el brazo entero— dentro del vientre de la madre, palpando y modificando la posición del ternero. Aquella actividad le proporcionaba un buen rendimiento, pero también estaba, verdaderamente, en el origen del exceso de alcohol al que, por aquella época, el veterinario se abandonaba. En esas ocasiones, una antigua tradición llevaba a los propietarios de los establos a ofrecer una ronda de buen "aguardiente" de las montañas. Dentro de la pieza sofocante y recalentada, las bebidas fuertes deprimían el ánimo, y, la mayor parte del tiempo, el colosal tocólogo prefería quedarse y dormir sobre la paja hasta la mañana, antes que regresar completamente ebrio y molestar o incluso asustar a su joven mujer. Pero aquella soledad nocturna no era sin duda para tranquilizar a su muy temerosa e inquieta mujer. En cierta ocasión, un cambio de hábitos se reveló funesto.

Un día, el veterinario decidió que su estado no era tan lamentable y que podía pasar el fin de la noche en su propia cama. Tambaleándose, abandonó la granja por un camino del que sabía que tardaría dos horas en recorrerlo, esperando así que el aire fresco acabara por despejarlo. Al llegar a su casa, cayó en la cuenta de que no tenía la llave de la puerta. Era una noche de luna llena y, empujadas por el viento, las nubes modulaban la luz. En el bajo, la ventana del dormitorio que daba al jardín estaba cerrada, sólo la contraventana permanecía entreabierta para dejar pasar un poco de aire. Si el veterinario lograba acceder al pasador, podría ganar su cama haciendo el menor ruido posible. Mas ¿qué hombre ebrio puede moverse con tanta ligereza? A su primera tentativa de alcanzar la contraventana, su mujer —Laura— se despertó y gritó, profundamente asustada, que un desconocido quería entrar en su casa. No era un espejismo lo que hacía latir su corazón: veía con certeza una sombra humana. Paralizada, la pobre mujer permaneció sentada, inmóvil sobre su cama, con las rodillas replegadas contra ella e incapaz de proferir el menor sonido. El hombre, ebrio, creyendo haber entrado en la habitación sin ser percibido, intentó aproximarse y subir a la cama conyugal. En aquel momento se oyó un horrible grito seguido de un silencio absoluto. A la luz cambiante e incierta de la luna, no se distinguía nada. El veterinario, repentinamente lúcido, encendió una vela, llamó a la doméstica y se dirigió hacia su joven esposa desvanecida. Cuando volvió en sí, se pasó semanas delirando y su estado no hizo más que empeorar. Fui culpado de la manera más increíble: como pude saber, la enferma murmuraba mi nombre entre maldiciones y estridentes alaridos. Su hermano, mi compañero, me confesó que en cierta ocasión le había dado a entender que yo intentaría conseguir a la fuerza una cita nocturna con ella, cuando realmente jamás había abrigado tales intenciones. La desdichada mujer pensó, quizá, que aquella noche yo había querido llevar a cabo mi pretendido proyecto.

Ella no volvió a recuperar la salud y murió en una casa de reposo. El veterinario bebía cada vez más y su robusta anatomía se deterioró considerablemente; poco después, también él franqueó el umbral oscuro.

La bruja del Moos

Puesto que mi heroína, la bruja del Moos, quizá aún es de este mundo, no daré aquí ninguna información precisa sobre el lugar donde vive. Pasaré también su nombre bajo silencio.

Era la hija menor de una familia muy rica y, desde la infancia, se dedicó a todas las extravagancias posibles. Mostraba una gran predilección por los juegos prohibidos, violentos y ruidosos en los que tomaba parte con sus calzas de piel. Así, cuando se trató entre toda la pandilla del barrio de fumar a escondidas, ella también se apuntó. En los años en que aún era una jovencita, sólo se la veía durante las vacaciones. Montaba un poney y cabalgaba con naturalidad, aferrándose a él como un hombre. Más tarde, estudiante de medicina, volvía al pueblo para ver a sus padres. No tardaron en circular numerosas anécdotas sobre su gusto por la caza, las excursiones y la gimnasia. Se entregaba, en efecto, a todos esos deportes con la misma pasión. Con su estatura sorprendentemente robusta y el extraño encanto de sus movimientos tan poco sofisticados, producía, en cualquier caso, una gran impresión en no pocos hombres. Incluso tenía varios admiradores, entre los cuales había pretendientes muy serios y bien dispuestos que quizá también aspiraban, es cierto, a la fortuna de la joven heredera. Sin embargo, parecía no comprender lo que se esperaba de ella; rechazaba todas las proposiciones estallando en una risa increíblemente grave y expeliendo el humo de su cigarrillo contra la cara de sus decepcionados pretendientes.

Enseguida pasó por una de esas mujeres que desprecian definitivamente a los hombres. Sólo tenía amigas y se rumoreaba de las violentas escenas de celos en que se veía envuelta. Nada la ponía más furiosa que los intentos de los hombres de acercarse a sus amigas preferidas. En cierta ocasión se llegó incluso a un duelo en toda regla: los celos parecían volver a la temeraria joven capaz de todo. No quiero relatar aquí por escrito todo lo que los necios murmuraban. Yo mismo estoy persuadido de que en la base de la naturaleza tan singular de mi heroína, había una anomalía psíquica a partir de la cual se explicarían bastante bien algunas de sus inclinaciones que se apartan de la conducta común. Además, el interés por ese misterio acabó por extinguirse. Se enfadó con su familia, de la que ya no quiso recibir dinero, y se marchó a ganar su pan —como suele decirse— como maestra a una ciudad del norte. Durante mucho tiempo, no oímos hablar más de ella.

Volvió a aparecer entre nosotros cuando su padre, un viejo hipocondríaco, murió. Yo la vi en esa época; debía de tener unos treinta años. Regresaba del cementerio tras el entierro del anciano. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos de un gabán cortado como el de los hombres y silbaba para sí misma una triste melodía. Era un espectáculo curioso. Caminaba delante de su familia, con la mirada fija, ignorando a los muchos curiosos. A la hora del reparto sucesorio, se reveló que el difunto había decidido financiar unos equipamientos comunales que no merecían la pena. Después de esa deducción de una parte considerable de los bienes, le quedó a la viuda una cantidad de dinero como para vivir hasta el fin de sus días, y, cada uno de los hijos,

recibió una cantidad muy modesta.

Nuestra pequeña ciudad está situada al borde de un lago cerrado por tres de sus lados por una montaña de paredes rocosas y abruptas. El valle se abre hacia el sur y el lago se convierte entonces en un vasto pantano lleno de cañas que poco a poco deja sitio a las praderas. Hay en el pantano, o en el “Moos”, como lo llaman aquí, muchos estanques de poca profundidad, que dan testimonio de que en tiempos prehistóricos el agua debió de extenderse hasta más lejos. Los más grandes fueron alquilados por un astuto habitante de la comuna que pensó instalar allí un criadero de carpas. El hombre murió poco tiempo después sin haber podido realizar su proyecto y de nuevo todo fue devuelto a la naturaleza. Para sorpresa de todos, mi heroína adquirió a buen precio aquella parcela del Moos que estaba rodeada por una empalizada semi derruida. Al lado del estanque que parecía más bien un pantano, se levantaba una minúscula construcción hecha de viejas tablas. Su interior consistía en una única pieza que debió de servir para disponer los utensilios. Aquí y allá aún se veían nasas, recipientes y baldes, sin duda destinados a la fecundación artificial de las crías. Allí vivía aquella muchacha difícil de comprender. Con vigas y tablas construyó con sus propias manos otra altura. Disponía así de una segunda pieza más pequeña que la otra y que sólo podía albergar una cama y una mesa. El bajo le servía como reserva para las provisiones. De una manera muy rudimentaria, construyó un cobertizo que ocupaban dos hermosas cabras, la única compañía de aquel Robinson femenino con las criaturas del Moos. A menudo eran muchos los animales que se movían en torno a aquella oscilante construcción: garzas, toda clase de pájaros del pantano, víboras, ranas, ratas; los días luminosos el aire bordoneaba y destellaba con las libélulas verde-doradas, las avispas, los coleópteros y un sin fin de insectos de los que ignoro el nombre.

El resto del mobiliario se reducía a algunas piezas de vajilla, una marmita de cobre, un mortero, todo muy usado y miserable pero conveniente, a pesar de todo, a su propietaria.

Instaló también al aire libre una estufa de loza que ella misma había recompuesto y sobre la que yo pude ver, en más de una ocasión, hervir su sopa.

Desde entonces le llamaban “la bruja del Moos”. El nombre le llego sin más y se quedó con él. Cuando el viento lo permitía, entonces se demoraba en el agua. Como una criatura anfibia, una ondina, chapoteaba, desnuda como un gusano, y de un manotazo rápido como el relámpago atrapaba lo mismo una anguila que una carpa. Los cortadores de juncos, los cazadores y pescadores que ocasionalmente pasaban por allí no se atrevían a burlarse de ella y la comuna pronto se convenció de que era completamente inofensiva.

Al principio, una especie de temor supersticioso se adueñó de la gente cuando veían a la misteriosa ermitaña acercarse, una o dos veces al mes, al pueblo, vestida como un hombre (algunas prendas habían sido de su padre) y entrar siempre en la misma tienda para comprar las pocas cosas que exigía su modesta casa. Más tarde,

cuando se quedó por completo sin dinero, algunos benefactores le dieron de buena gana aquello que necesitaba: poca cosa, en realidad. Apenas respondía ya a las preguntas y hablaba, de manera general, cada vez menos. Alguien le ofreció una vez un viejo laúd. Ella no sabía tocarlo pero se contentaba con sacarle toscos acordes y escuchar como se desvanecían. También se decía que, en las noches de verano, se acostaba apenas vestida con un chal hecho de retales de distintos colores que ella había cosido, fumaba en su corta pipa y contemplaba fijamente las estrellas o bien el paso de los patos salvajes. No sé si ha llevado durante mucho tiempo esa forma vida o si ha zozobrado en la locura, pues yo encontré un empleo en otra región y dejé de frecuentar aquel lugar que fue el teatro de mi juventud.

El último vagabundo

La tensión a la que sometió nuestros nervios la guerra mundial, año tras año, a todos nos volvió un poco locos. Un invierno más, un verano más, al fin ya se dejaba de contar, ya no se esperaba. Bajo el efecto de esa presión fantástica, los hombres más rudos volvieron a un estado salvaje, los más frágiles se volvieron casi locos. Finalmente, todo el mundo se sintió aliviado cuando sobrevino la derrota.

Kosletzki, un comerciante de Cracovia, orgulloso polaco mezclado con sangre judía por parte de su abuelo materno, el viejo Rosenzweig, compró por casi nada —se podía encontrar barata en aquel momento— una bandera. Uno de nuestros muchos y gloriosos estandartes. Era una bandera de seda de distintos colores: rojo, blanco, negro y amarillo. Quizá la antigua bandera de uno de nuestros brillantes regimientos de húsares o dragones. Quién puede saberlo. Además, quién podría decirlo ahora. Fuera lo que fuese, era ciertamente barata. Kosletzki arrastraba con él ese trofeo que debió ser cambiado o regateado a lo largo de sus periplos. Con las ropas que había heredado de su abuelo Baruch Rosenzweig, muerto hace mucho tiempo, trajes marrones, grises o negros, a menudo remendados aunque todos de una solidez que ya no se encuentra hoy en día, se compuso una auténtica figura de posguerra, fantástica e inverosímil. Llevaba sobre su cabeza un sombrero alto, completamente abollado, que él mismo había recompuesto de manera un tanto extraña, a partir de un viejo sombrero de copa al que le había recortado los bordes. Así, de esa guisa, recorría el país en todos los sentidos, sin razón ni fin; prefería adentrarse por los atajos y evitar las ciudades y los caminos vastos y concurridos. Se presentaba en posadas de tres al cuarto, bien como enjabonador, bien como exterminador profesional de chinches, o se alojaba igualmente en las casas de los campesinos a los que les contaba hazañas de guerra, completamente inventadas, a cambio de cama y cubierto. Los gendarmes, que lo tenían por un inofensivo fanfarrón, lo dejaban seguir a su aire la mayor parte del tiempo. Incluso prestaban atención a aquel loco manifiesto con una cierta comprensión cuando, entre aspavientos, les contaba sus hazañas. A ellos también les hubiese gustado recorrer aquellos lugares a donde lo llevaban sus marchas forzadas. Cerca del San, del Stryj, del Irtisch o del Drina o en las proximidades del Schelde, absolutamente por todas partes, el señor Kosletzki había blandido triunfalmente con su locura aquel brillante estandarte de guerra; parecía increíble que su desconcertante figura hubiese sido vista en regiones tan lejanas. Era conocido en Polonia, en Hungría, en Bohemia, en Turquía y Dalmacia. También hizo, verdadero Ahasverus[1], una aparición en Suabia y en la región de Salzburgo. En cierta ocasión se aventuró en las proximidades de una gran ciudad, se trataba —si mis informaciones son acertadas — de Anvers. Había caminado durante todo el día entre el polvo y el calor del sol, completamente dedicado a su “gloriosa bandera”, como a él le gustaba llamarla. La llevaba sobre sus flacos hombros y trotaba sediento, fatigado y débil, con los pensamientos perdidos en una aventura guerrera imaginaria. En un momento dado, algunas voces vinieron a sacarlo de su ensoñación: “¡Eh, tú, famélico tunante, cuervo ruin, tú, que estás seco como un arenque!” Sobresaltado, vio a dos prostitutas que se

desperezaban, ociosas, bajo la arcada de la puerta de un cabaret de la calle. Comoquiera que las miraba con un aire asustado, ellas se echaron a reír y le prometieron, como es su costumbre, el mejor de los vinos y la mejor de las compañías. Sus encantos, que, además de la ligereza de sus vestidos, ya eran muy visibles, apoyaban su invitación. Él se decidió y el instante fue fatal tanto para su bandera como para su dignidad. Al son de una melodía del Venusberg[2] que brotaba del arpa de un enfermo acuclillado cerca de la entrada de la casa, el viejo loco se dirigió con pasos lentos al edificio, fue acogido por la sospechosa compañía y desapareció tras la puerta.

Dos inglesas

La Liga de las amigas inglesas de la paz, cuya sede se encuentra en Londres, decidió un día enviar delegadas a Alemania para comprobar si el militarismo, aniquilado en razón del famoso tratado de paz, había sido realmente suprimido. Algunos indicios parecían probar lo contrario. La reanudación de una vida deportiva intensa, las reuniones y numerosas fiestas de antiguos combatientes les parecían muy sospechosas. Igualmente sospechosos eran los breves artículos que los diarios consagraban a las excursiones de los scouts, aunque no dijesen nada especial, como la reivindicación del derecho a llevar uniforme y lucir medallas. Extrañamente, esos pocos hechos bastaban para constituir un fenómeno digno de atención. También se encontraron, enterrados en suelo alemán, tornillos y barras de hierro, cuya procedencia ni destino pudieron descubrir las mentes más perspicaces de una comisión extranjera llegada especialmente para eso. Fue en aquel momento cuando la Liga de las amigas de la paz decidió, conforme al derecho, hacer su propia investigación y constituir un equipo de damas encargadas de encontrar la razón de todos aquellos objetos enterrados en el suelo. Su equipamiento era notorio: aparatos fotográficos, radios, instrumentos de medida, cajas de acuarelas y otros utensilios parecidos. Sobornaron copiosamente a los empleados del ministerio de defensa del Reich para conseguir informes. En vano. Finalmente, compraron a un alto precio numerosos “documentos estadísticos” a un impostor que los había fabricado especialmente para la ocasión. Sin duda resultó un buen hallazgo, pero no aportó la prueba formal de un resurgimiento del odioso militarismo: no se tardó en descubrir que todas aquellas órdenes de movilización, listas de grados, etc., no eran más que hábiles falsificaciones. Aquellas damas se vieron reducidas a fotografiar todas las aburridas fachadas de nuestros viejos cuarteles y reunir esas monótonas vistas en un álbum. Su viaje de estudio había sido tan poco fructífero que decidieron adelantar su regreso. No obstante, antes de partir quisieron acercarse a Munich, pues se habían enterado de ciertos indicios que hacían pensar que el militarismo que hasta aquí habían buscado en vano permanecía oculto en la metrópoli bávara. Pero tampoco allí sus perseverantes y hábiles preguntas pudieron arrancar nada a los viejos oficiales, a los estudiantes ni a los porteros de hotel. Éstos no veían lo que las damas buscaban y se contentaban con alzarse de hombros. Fijaron, pues, el día de la partida. Misses Grace Bluedevil y Gwendolen Witchcraft, las damas más fogosas del equipo, fueron las únicas a las que no convenció aquello, pues estaban persuadidas de que el maldito demonio estaba oculto en alguna parte de Alemania. Ellas no habían perdido la esperanza de encontrarlo, y hacían paseos de estudio a espaldas de sus colegas, pues tras haber pisado el continente bullían de impaciencia y se juraron no regresar a su país sin algún resultado. Se alojaban en Munich, en una modesta y respetable pensión de la Blütenstrasse. Una mañana hacia las 10 horas, las dos amigas descendieron la escalera, engalanadas, vivaces, graciosas y muy decididas a tomarse un copioso desayuno. Ocurrió en el momento en que iban a poner el pie fuera cuando tuvo lugar el incidente que por ellas se supone movilizó, y por mucho tiempo, la pluma de la

mitad de los periodistas del mundo. Delante de la puerta de la casa se hallaba un muchacho vestido con vivos colores, calzado con botas y espuelas, que gritaba órdenes entre grandes gestos. “¡Oh, the militarism, the militarism!”, gritaron al unísono las dos inglesas, ofreciendo así un perfecto ejemplo de la increíble actividad de la imaginación humana: habían visto en la persona de aquel jovencito la espantosa y abrumadora manifestación del militarismo, mientras que desde la ventana, el hostelero sólo veía a su hijo disfrazado con un uniforme variopinto, un sable y unas estrellas con las que jugaba con sus amigos.

Las dos inglesas reaccionaron de inmediato. Miss Grace comenzó a perseguir sin pérdida de tiempo al fantasma que ya desaparecía bajo la puerta cochera de enfrente, mientras que miss Gwendoline se dirigía rauda hacia la oficina de correos, que se encontraba a dos pasos, para enviar a Downing Street este triunfal telegrama: “Esfuerzos coronados por el éxito —Acabamos de meter el dedo en la madriguera del militarismo— Grace Bluedevil, Gwendolen Witchcraft”.

Una apuesta

Ciertamente, no es mi intención criticar la insensata manera en que la mayoría de los hombres de hoy ocupan su tiempo. Sea como fuere, el espectáculo repulsivo que ofrecen la densidad de nuestros paisajes industriales así como el aniquilamiento de la belleza de muchas de nuestras ciudades, mercados y pueblos, es responsable de una espantosa decadencia del gusto. Un medioambiente de hierro y cemento, escaparates agresivos y los horrores de un anuncio omnipresente acaban por turbar a todos los individuos, incluso a los más capaces de soportarlo. Las cosas, cada vez más rápidamente, van a la deriva, el alma continúa desesperándose, las diversiones se vuelven más absurdas.

En nuestro dibujo, se puede ver la apuesta que un cierto señor F., ha hecho últimamente, en un bar muy concurrido de una ciudad del sur de Alemania, con una riquísima americana, la célebre filántropa miss Muriel Blackbone. F., el inventor de la combinación de seguridad s.o.s, quería probar su alto valor práctico. La combinación se compone de distintas capas de un material parecido al caucho. Se infla como una cámara de aire ordinaria a través de una válvula que lleva por detrás. El cuello se protege especialmente con una fresa reforzada, pero la cabeza queda libre. Si la combinación está inflada, entonces —su inventor está convencido— aquel que la lleva está a resguardo de no importa qué caída, batacazo o descarga. Flota en el agua como una gran vejiga de cerdo y protege, pues, contra el peligro de ahogarse. También protege, con ciertas limitaciones, ante los disparos, gracias a las numerosas hojas de platino racionalmente intercaladas entre sus capas y, con ciertas reservas, de picaduras.

La apuesta estipulaba que F., dejaría pasar sobre su cuerpo —protegido con s.o.s. — el automóvil de carreras más pesado jamás salido de las fábricas Thesleff-Desfontaines, sin sufrir la menor contusión. Miss Blackbone mantenía que aquello era imposible, y estaba convencida de que su adversario sería aplastado por el auto. Cada parte apostó 100 000 dólares que el árbitro, un cierto conde Drachenburg, tomó en depósito.

Un espléndido mediodía se encontraron, conforme a lo acordado, en el segundo patio de lo que otrora había sido la Casa real de la Moneda, las siguientes personas: 1. los dos apostantes, 2. el árbitro, 3. el médico, 4. la señorita Meixner, dama de compañía de la americana, 5. el coronel Pagenbrecht, amigo y compañero de viaje de esa misma dama, 6. Fritz Bullaug, colega y viejo amigo del señor F.

Las dos alas de la Casa de la Moneda de esta ciudad están separadas por un pequeño callejón que conduce de la calle principal al patio propiamente dicho. Una pasarela, cuya construcción fue acabada el año último, las une al nivel del primer piso y es en su balaustrada donde nuestro dibujo muestra, juntas, a las personas antes citadas.

Compruébese (de izquierda a derecha): Bullaug (sentado), el conde Drachenburg, la Meixner, miss Blackbone con un modelo de sombrero llamado de “Pantalla” (igualmente sentada), el coronel Pagenbrecht, y el médico con su botiquín. Todos los

participantes estaban muy tensos, los dos adversarios se aferraban a sus contrarias opiniones.

El automóvil debía llegar justo a mediodía por la callejuela que se había convertido, desde la construcción de la pasarela, en un túnel. Una hora antes, F., se preparó en la pieza de la Casa de la Moneda, donde antaño cada día un funcionario doblemente juramentado cacheaba a los impresores de billetes y acuñadores de moneda. Una vez colocado a la hora prevista sobre la calzada de cemento por unos ayudantes, F., parecía una enorme salchicha. El vehículo, conducido por dos ingenieros —ningún piloto quiso prestarse a la experiencia— se acercó petardeando y escaló la colina humana que estaba tumbada sobre el suelo, manteniendo su sangre fría. Evidentemente, ganó s.o.s.

El grito que venía de las tinieblas

En torno a la mesa se contaban historias inquietantes. Cuando llegó el turno del barón, éste se hundió más en su asiento para evitar la luz de la lámpara y dijo:

“Cuando un exiliado de la revolución despierta en mí los recuerdos de mi viejo país de Livonia, casi nunca pasa un día sin que algo que yo viví antaño me vuelva a la memoria. Es así como esta mañana he pensado en un singular acontecimiento de mi juventud, que conviene completamente al humor actual de nuestra asamblea.

”Yo pasaba regularmente mis vacaciones de otoño en nuestro viejo castillo de M… En esa época debía tener alrededor de diecisiete años, eran las diez y media de la noche y la tempestad bramaba sobre la tierra: nosotros tenemos —allí— tempestades otoñales de una fuerza que no se conoce en Alemania del sur. A mí aún me quedaba por repasar, con nuestro preceptor francés, mi última lección de aquel día. Aún hoy, vuelvo a ver cómo el preceptor, el señor Dumont, un hombre joven y nervioso, se sobrecogía de temor ante cada ráfaga de viento que golpeaba las ventanas de la habitación de la torre. Aquello me divertía y lamenté que mi hermano menor, también él muy travieso, estuviese ya acostado. Súbitamente, la tempestad abrió la ventana más próxima a nosotros con una violencia inesperada. Una corriente de aire gélido proyectó una rama de abedul y de hojas de castaño amarillecidas sobre la mesa. Al mismo tiempo se apagó la lámpara. Estábamos en la oscuridad más total. Mientras que el señor Dumont buscaba a tientas un mechero, exhalando juramentos, un grito prolongado y lúgubre penetró por la ventana abierta de la torre. Sólo una criatura —hombre o animal— que se encuentra ante el más espantoso de los peligros, puede emitir tal sonido. El miedo me ganaba a su vez. Mi profesor, que de nuevo había conseguido dar la luz, me miraba asustado: “¿Qué es eso?” Yo estaba intentando cerrar la ventana, cuyo cerrojo había sido roto por la ráfaga, y sólo pude alzarme de hombros. Después me puse a recoger los papeles que habían sido barridos del escritorio y esparcidos por la habitación. Dudábamos si sentarnos o no, pues la tempestad continuaba desencadenándose con una violencia inaudita. La ventana se abrió bruscamente, y —hasta los dos llegó el grito— oímos muy claramente aquella voz: “¡Auxilio! ¡Me estrangulan!” Era en letón y fue en ese idioma en el que grité, dirigiéndome a las tinieblas: “¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre?” Escuchamos un breve momento y, en medio de las ráfagas de viento siempre poderosas, nos llegó un gemido quejumbroso y penetrante, pero más débil, como si estuviese más cerca de la muerte: “¡Me estrangulan!”.

”No había ni un minuto que perder. Dejé todo como estaba y salté por la escalera de caracol para ganar la biblioteca, donde yo sabía que se encontraba mi padre. Él se quedaba allí todos los días, hasta muy tarde, sumido en sus investigaciones geográficas. Absorbido en el estudio de los Atlantes, se sorprendió al verme entrar tan raudamente, de manera poco habitual. Le expliqué lo sucedido. Algo escéptico, moviendo la cabeza, se dirigió con un paso regular hacia la alta ventana y la abrió. Con el aire gélido de la noche nos llegaron también los estertores de espanto

entrecortados por las palabras.

”Mi padre no tenía miedo de nada. Sin reflexionar, cogió una linterna y descendimos a través de las galerías para desembocar en la terraza, donde una larga escalera conducía al sendero, más allá del cual comenzaba el parque. Al otro lado, vi cerca de la puerta cochera, a la débil luz de una linterna, un grupo de siluetas que se apretujaban unas contra otras. Eran nuestros domésticos letones, a quienes la curiosidad había alertado, pero que verdaderamente carecían de valor como para ir a ver de donde procedían las llamadas de auxilio, que seguían oyéndose entre los intervalos de silencio. La voz nasal del señor Dumont me informó desde la torre que, por hoy, la lección había concluido. Yo seguía a mi padre que abría la marcha; los domésticos, repentinamente decididos, se unieron a nosotros. La tempestad se había calmado un poco, pero a pesar de todo era tal la negrura que, sin linterna, no se hubiera podido distinguir ni la fachada del castillo, ni ante nosotros los inmensos árboles. A menos de cien pasos del lugar donde nos encontrábamos, el amplio camino torcía delante del castillo. Ningún muro lo separaba del parque, solamente una fosa, y fue hacia ese lado donde mi padre situó el ruido que, a excepción de una queja puntual y un gemido sofocado, se había extinguido. En el haz de luz de la linterna que iluminaba el camino, nos apareció una imagen tan confusa que mi padre nos detuvo con un movimiento de la mano. Lo que vimos entonces nos dio una impresión verdaderamente fantasmal, tanto más fantasmal cuanto que a la tempestad, ahora calmada, había sucedido una niebla que distorsionaba ligeramente todas las formas. Lo primero que vimos fue un carruaje, volcado sobre la fosa, y dos caballos, cuyas riendas se habían enredado entre las ruedas delanteras, impidiéndoles moverse. Los pobres animales estaban como encadenados a su arnés y se agitaban, impotentes. Al aproximarnos, enseguida vimos un arcón grande y largo y, atrapado bajo el mismo, a un hombre vestido con un abrigo de piel como los que usan los rusos, que parecía gravemente herido. Necesitaba ayuda, tenía la cara pálida y ensangrentada.

Los domésticos liberaron al hombre de su fardo, con todas las precauciones necesarias, que estaba casi sin conocimiento. Mi padre comenzó a examinarlo y sólo encontró una herida grave, una brecha de unos cinco centímetros detrás de la cabeza, y por la que sangraba abundantemente. Limpiamos su herida con la mayor presteza posible, después, gracias al botiquín, se la pudo vendar con cuidado y reconfortar así al herido. Aunque su estado no era tan crítico, aún parecía bastante malherido e incluso extenuado. El miedo desapareció progresivamente de sus rasgos, pero cuando su mirada se fijó en el arcón, volvió a agitarse y se deshizo en agradecimientos. Mi padre le preguntó sobre los criminales que habían querido estrangularlo, pero de su boca no salió más que un discurso confuso e incoherente. Le propusimos que pasara la noche entre nosotros y —como parecía que no despreciaba el alcohol—, se tomase un "grog" caliente para reponer fuerzas. Nos ocupamos de sus caballos. Pero para nuestra mayor sorpresa, apenas habíamos formulado aquella inocente oferta, pudimos constatar cómo el miedo asomaba otra vez a sus ojos, como si un nuevo pavor se hubiese apoderado de él. Tenía prisa y nos suplicó solamente que levantásemos su carruaje, que, entretanto, nuestro cochero había reparado de la mejor manera. Él debería estar imprescindiblemente en la ciudad a una hora precisa y, diciendo esto, echó una sombría mirada sobre el arcón, que de nuevo se había estibado en su carruaje. El comportamiento de aquel hombre nos pareció decididamente misterioso. Pensamos que habría bebido demasiado "aguardiente" en la última posada que había encontrado en su camino, para hacer frente a la tempestad que se había desencadenado. Mi padre dio la orden de hacer lo que pedía aquel extraño tipo. Le ayudamos a subir al asiento, le pusimos las riendas en la mano y atamos una de nuestras linternas en su carruaje, para reemplazar la suya que se había roto. Con agradecimientos desbordantes de entusiasmo, juró que recordaría "eternamente" nuestra generosidad, y que rezaría para que el cielo bendijese a mi buen padre. Después, el misterioso vehículo desapareció entre la niebla del vasto camino y nosotros quedamos en las más completa oscuridad en cuanto al sentido de aquel acontecimiento.

Unos seis meses después de aquellos hechos, conocimos detalles que ayudaron a su esclarecimiento repentino:

"En los cementerios de las localidades vecinas habían sido profanadas tumbas recientes, en distintas ocasiones, y los cuerpos que contenían, robados. Finalmente, se consiguió entonces —los gendarmes realizaron las pesquisas con diligencia— sorprender a un hombre que desenterraba el cuerpo de una mujer, inhumada unos días antes. En el transcurso del interrogatorio sostuvo que vendía los cuerpos al dispensario de anatomía de la Facultad de medicina de la ciudad universitaria más próxima. El director del departamento de anatomía patológica le pagaba un buen precio por cadáveres en buen estado. Los letones, sea cual sea su disposición al beneficio, tienen un temor supersticioso de la muerte, y yo quedé —con mi padre—,

persuadido hasta el día de hoy de que aquel largo arcón contenía un muerto. El hombre era un profanador de sepulturas que tras su accidente, herido por el peso de su fardo, creyó haber sentido en las tinieblas, y en los bramidos de la tempestad, la mano del difunto al que había turbado en su reposo, intentando estrangularle para vengarse.

Despavorido, había gritado pidiendo ayuda. Cuando quisimos ayudarle, tuvo miedo de que aquella fúnebre carga se abriese ante nosotros, y que lo tomásemos así, por error, por un criminal. No le quedaba más remedio que volver a recuperarla y, sin decir nada, proseguir su camino con el carruaje.”

El barón dio por finalizada su historia, y ninguno de los oyentes intentó hacer la menor observación, por miedo a turbar a aquel que permanecía sumido en los recuerdos de su juventud y su país.

Ali, el semental blanco

Destino de un caballo tártaro en 12 cuadros

Ali der Schimmelhengst

Schicksale eines Tatarenpferdes
in 12 Blättern von

Alfred Kubin

I

Ali, un potro blanco que había nacido en Manchuria, pasó su primera juventud bajo los ojos de su madre.

II

Una vez crecido, prefería mantenerse aparte de la gran manada de caballos. A menudo se le veía bañándose en el río.

III

Más tarde, encontró una joven yegua y galopaba feliz aquí y allá con ella en las noches iluminadas por la luna.

IV

La sed de libertad era el rasgo dominante del carácter de aquel caballo. Todas las tentativas para capturarlo resultaban vanas.

V

Como avanzaba en edad, sus irrupciones en el acaballadero causaban grandes agitaciones. Sembraba el desconcierto entre los caballos que lo seguían como una manada sigue al caballo que la conduce.

VI

Se quiso acorralar a Ali como a un animal salvaje y algunos caballeros consiguieron localizar al legendario caballo blanco en una región de pantanos.

VII

Ali saltó como un gigante por encima de la brecha de un muro pero al hacerlo se encerró a sí mismo en el patio de un viejo templo.

VIII

Un hábil domador arrojó un lazo sobre el caballo de raza debilitado por el hambre y lo rescató.

IX

Entonces comenzó para aquel caballo que, insumiso, no quería llevar a su grupa a ningún caballero, su peor período de sufrimiento. Cientos de veces debió aguantar el látigo.

X

Un príncipe manchú, el comandante en jefe de la provincia, oyó hablar del extraordinario caballo. Sólo él pudo montar a Ali y el animal, vinculado a él por un incomprensible afecto, llevó al príncipe más allá de las fronteras de la provincia para reprimir a los rebeldes.

XI

Tras la victoria, el caballo cayó enfermo. De nuevo había surgido su deseo de vivir libre en la estepa. Su caballero le devolvió la libertad pero era demasiado tarde. Cada día el semental blanco se debilitaba. Antaño tan vivo, arrastraba ahora su cuerpo fatigado y descarnado por los bosques más espesos.

XII

Ya ciego, Ali se tumbó al borde de un precipicio para esperar la muerte. Allí, oyó como una voz familiar lo llamaba suavemente por su nombre. Era el príncipe, su antiguo dueño, después convertido en mago. Le ordenó a Ali precipitarse al abismo y fue así como el caballo encontró la muerte.

Demonios y fantasmas de la noche
AUTOBIOGRAFÍA

Nací un 10 de abril del año 1877 en Leitmeritz, pequeña ciudad al norte de Bohemia. Mi memoria es como un papel en blanco cuando intento recordar los dos primeros años de mi infancia. Debí de ser un niño muy vociferante; eso es lo que a menudo, después, me dijeron mis padres. Sin embargo, mirando hacia atrás, más o menos hacia el tercer año de mi existencia, recupero velados recuerdos de algún juguete, de verdes follajes inundados de luz, la cara pálida y delgada de mi madre. Mi padre era un antiguo oficial de fusileros que, tras la campaña del 66, ingresó como geómetra al servicio del gobierno. Lo vi por primera vez en Salzburgo. Debió ausentarse de su joven familia por dos años, a fin de cumplir su servicio en la lejana Dalmacia. Un buen día irrumpió en nuestra nueva residencia, donde mi madre acababa de instalarse confortablemente conmigo, y me causó el efecto de un hombre que no era muy amado por mí. Mis celos sin embargo se moderaron cuando me regaló un pequeño gorro dálmata, de color rojo, y, desde ese momento, pactamos la paz, aunque no sin reservas.

A partir de esa época en Salzburgo, los recuerdos de mi vida se hacen considerablemente más numerosos, adquieren un carácter más coherente y forman casi un todo. He sido un niño muy salvaje y mi inclinación a huir ante los conocidos o extraños le hacía pasar malos ratos a mi madre, y, además, también a mí, cuando hacía examen de conciencia.

Hacia el quinto año de mi vida, a mi padre lo trasladaron a Zell am See. Aquel pueblo de alta montaña se convertiría, para decirlo con propiedad, en el escenario de mi infancia. Si ese período de mi niñez no fue demasiado bello, eso hay que achacárselo a la escuela. Nada ha sido, ni es más odioso para mí, que cualquier coacción procedente del exterior. Yo quería llevar una vida despreocupada, al azar, y por eso tropecé continuamente con las coacciones de los adultos y de mis compañeros de más edad. No parecerá extraño, pues, que siendo más débil que ellos me refugiase en la astucia y las artimañas, para poder abandonarme a mis inclinaciones. Daba libre curso, tranquilamente, a mis reprimidos instintos de crueldad. Disimulado en algún rincón del jardín, y tumbado boca abajo, torturaba a los pobres y pequeños animales que habían tenido el infortunio de atravesar mi imperio; y he de confesar que por muy abominable que hoy encuentre eso, y que también después lo haya lamentado, me procuraba un intenso placer. Pero poco después ya no encontraba ninguna satisfacción en ese horrible pasatiempo. Únicamente me sentía feliz con los juegos a que me abandonaba, solo o con los amigos. ¿Y qué magníficas ocasiones no se presentaban? Como en un largo, muy largo sueño, pienso hoy en todos los graneros, en las caballerizas, pabellones, talleres, molinos, en el arenal del lago, y en el bosque que me parecía una extraordinaria mansión, confortablemente acolchada de musgo. Allí construíamos cabañas y perseguíamos al jefe de los bandoleros. Yo sé también que en lugares secretos se ocultaron allí tesoros que hoy abandono, sin envidia, a todos los buscadores. Lamentablemente, los hermosos años de juego se escapaban raudos como agua entre los dedos, mientras que mis cinco horas de estudios

cotidianos me parecían eternas. Tengo que señalar, también, que tanto maestros como catequistas ganaban enseguida mi confianza, cuando mostraban su lado “más humano”. Aún hoy experimento una poderosa sensación, al rememorar las impresiones que me embargaban cuando el padre catequista, durante la semana santa, nos contaba los sufrimientos y la muerte de Jesucristo.

¡Sobre todo la iglesia, nuestra antiquísima iglesia de Zell am See! Cuántas veces sus sombrías bóvedas no escucharon mis suspiros, mis promesas y ruegos, ora rechazándolos con su silencio, ora concediéndolos en mi imaginación. Y mi joven alma ha experimentado a menudo ese sentimiento con una elevación mística y un sincero recogimiento.

A decir verdad, ese sombrío templo gótico siempre me pareció, con su pompa, un gran conjunto severo que imponía temor; sin embargo, en mi pueblo natal, muy pequeño, y fervientemente católico, nosotros —los escolares— encontrábamos una agradable intimidad en las relaciones que teníamos con él. Algunos de mis compañeros servían a la iglesia; yo tiraba con ellos de la cuerda de la gran campana y accionaba el fuelle del órgano. Era un chantre celoso, que se aburría también muy a menudo con las interminables ceremonias. No obstante, el soplo universal de los misterios religiosos me impregnó tan fuertemente que mis impresiones de juventud despiertan en mí cada vez que penetro en una bella iglesia con olor a incienso.

La iglesia y la escuela embridaban férreamente al salvaje infantil. No temía los castigos de mi madre. Por esa época, ella ya había enfermado de tuberculosis; era muy nerviosa y se pasaba muchas horas al piano, quizá recordando éxitos musicales que antaño había cosechado. Las palizas que mi padre me propinaba se hacían más raras, debido a que tenía que ausentarse a menudo por sus trabajos de topografía, con lo cual nuestra casa ganaba en tranquilidad.

Entretanto, nacieron mis dos hermanas, hecho que sólo me trajo contrariedades, pues siempre me las ponían de ejemplo. Y así, los hermosos días de mi infancia eran cada vez más raros. Casi siempre mi conciencia estaba cargada de pecados —aunque de nimiedades— como manchar o destrozar la ropa en el transcurso de mis juegos, o bien como consecuencia de los asaltos, nunca muy afortunados, a las huertas de los vecinos. Por esa época, la mayor ilusión me la procuraba la lectura de los libros de cuentos; también me interesaban mucho las ciencias naturales y llenaba mis ratos libres con la caza de pájaros y la pesca.

Hasta que llegó el momento en que sirviéndome de lápices y pinturas comencé a llenar, con garabatos y colores, innumerables hojas de papel. Siempre sentí una extraña inclinación hacia lo fantástico y lo desmesurado: a mí me fascinaba la vaca de cuatro cuernos, más que la de dos, como las que podían verse entonces en cada esquina de las calles de Zell am See. Y en su esencia mis dibujos infantiles respondían a ese gusto. En esos dibujos abundaban magos, animales cómicos y pavorosos, paisajes incendiados; en una palabra, estaba en ellos el germen del futuro Kubin.

Yo tenía diez años cuando la muerte liberó a mi madre de la tuberculosis. Aquella fue mi primera experiencia de la muerte. Estuve cerca de su cama cuando recibió la extremaunción. Después, al lado de mi padre, asistí a sus últimos momentos. Las escenas de aquella agonía se grabaron de manera indeleble en mi alma y me marcaron fuertemente. Aunque quizá la desesperación sin límites de mi padre me asustó y alarmó todavía más. Alzando del lecho y abrazando el cadáver de mi madre, recorría con ella la estancia de un lado a otro, llorando, como buscando consuelo para su tragedia. Por entonces mi padre aún era un modelo de fuerza y belleza masculina, y si bien en ocasiones nuestro tren de vida era precario, casi pobre, lo tuve —durante mi infancia— por un hombre rico, y, sobre todo, por el hombre más inteligente del mundo. Como habitualmente se mostraba con una cordialidad reservada y solía hablar con voz suave, aquella explosión de dolor, que le hacía perder toda compostura y que contrastaba tan brutalmente con su carácter, me causó una enorme zozobra. Yo no había pensado jamás en la muerte de mi madre; me parecía que, aun enferma, se quedaría siempre con nosotros. Me costaba entender la pérdida de mi madre, ese pensamiento no llegaba a abrirse paso en mi conciencia; no podía comprender por qué tanta gente me compadecía.

Después de un año de luto mi padre se volvió a casar, y lo hizo con la hermana de mi madre. En este esbozo biográfico puedo pasar tranquilamente sobre ese período de mi vida, hasta mi ingreso en un liceo de Salzburgo. Es necesario, sin embargo, tocar aquí un punto muy importante: tenía justamente once años y medio cuando una mujer madura me inició en los juegos sexuales, lo que provocó en mí una inmensa emoción y proyectó sobre ese período de mi vida una sombra que se alargó hasta el despertar de mi pubertad.

Un buen día de septiembre fui enviado a Salzburgo para frecuentar la clase de latín. El primer año todo discurrió bien gracias a mi excelente memoria, pero ya el segundo año flaqueé completamente. Me resultaban especialmente odiosas las matemáticas y el latín —que acabé sustituyéndolas por otras dedicaciones, como jugar a los pieles rojas y a Robinson— pero mostraba grandes aptitudes para la historia, la religión y todas las ramas de las ciencias naturales.

Salzburgo es una ciudad antigua y maravillosa, y los monumentos testigos de su gran pasado pertenecen al fondo permanente de mis sueños. Cuando al cabo de un año murió mi madrastra, a consecuencia de un parto complicado, y, poco después, me expulsaron del liceo —aunque seguía sujeto a las obligaciones de la escuela primaria — y, una vez más, volvía a casa lleno de angustia, comenzó entonces una época infernal de mi existencia. Mi padre, profundamente infeliz y desgarrado, había perdido toda la confianza que depositaba en mí. Me prohibió cualquier intento de acercarme a él, y, entonces, me sentí abocado a vivir en soledad; nunca me permitió ayudarle cuando cazaba pájaros o cuidaba sus flores, que le gustaban mucho; ni siquiera me permitía escuchar las historias que le contaba a mis hermanas, con su maravilloso poder de sugestión. ¡Pobre de mí, si me oía reír con todas mis ganas!

Entonces me abofeteaba y me daba palizas. Y, para mi mayor desgracia, la nodriza de mi hermana menor, una campesina adusta que llevaba nuestra casa con gran dejadez, una mujer verdaderamente maliciosa, no perdía ocasión para ir a contar al oído de mi padre una sarta de mentiras sobre mis supuestas maldades. Éste, atrapado aún en el profundo dolor de sus recientes desgracias, me castigaba inmisericorde, sin llegar a comprobar nunca si verdaderamente era o no culpable de algo, de modo que mi vida llegó a hacerse insoportable. Ahora que ya no podía encontrar refugio entre los hombres, que Cristo y todos los santos permanecían sordos, me había vuelto absolutamente insensible, y me dejaba golpear, con la cabeza hundida entre los hombros: en mi corazón sólo había odio, odio, odio hacia mi padre y la humanidad entera. ¡Oh, si al menos hubiese podido matarlos!

Me levantaba temprano todos los días, y, al amanecer, daba un largo paseo por la montaña para ocultar a las miradas burlonas de los niños y las personas mayores mi vergüenza de ser un estudiante que ha suspendido sus exámenes de latín.

Sin embargo, esa época de total abandono resultó ser muy estimulante para mi imaginación. Desde siempre el carácter orgiástico que ofrece el espectáculo de la fuerza con sus explosiones naturales, o el de las catástrofes, me procuraba un extraordinario sentimiento de felicidad, semejante a una embriaguez acompañada de una sensación de picor que me recorría de arriba abajo la columna vertebral. La contemplación de una tormenta, de un incendio o el desbordamiento de un riachuelo se contaban entre mis goces más fuertes. Era un espectador asiduo de peleas, de arrestos, de las ferias de animales, donde se me podía encontrar regularmente. También despertaba mi interés la pomposidad de las orquestas, y nadie puede imaginarse hasta qué punto me electrizaba la orquesta militar que, de vez en cuando, atravesaba nuestro Zell. Todo aquello que había oído decir de la vida de los soldados encontraba un eco grande en mí. En nuestro pueblo, situado en los confines del mundo, los espectáculos eran más bien raros; a veces, asistíamos a las formalidades del reclutamiento, otras, a la huida de un caballo escapado de las caballerizas públicas, y, en verano, en ocasiones, veíamos a un general —¡en uniforme!— cumpliendo con alguna visita oficial. El emperador Napoleón era para mí como un semidiós, y lo único que yo lamentaba era que no fuese austriaco. Cómo me gustaría hablar de eso con mi padre, pero era imposible porque estábamos completamente enfadados y yo era la oveja negra de la familia.

Había otras cosas que también despertaban en mí una ardiente curiosidad, por ejemplo los cadáveres. Mi protector, el pescador Holzl —que además era el sepulturero—, y una de las personas más ingeniosas del mundo, sacaba con frecuencia del lago cuerpos en descomposición, pues siempre existen imprudentes que encuentran la muerte en el fondo de las aguas. De ahí viene también mi interés por semejantes escenas. La muerte era para mí incomprensible y me asombraba. ¿Cómo ocurrían? A menudo, dejabas de ver a personas conocidas, mujeres, niños; alguien decía que estaban enfermos. Después, al cabo de un cierto tiempo, te

permitían ir a verlas a sus casas, y entonces te las encontrabas allí, rígidas, inmóviles, amarillentas y muertas. También solía frecuentar los mataderos y desolladeros para observar su trabajo con detalle, pero más con una curiosidad fría y lúcida que con el sentimiento de deleite demoníaco de mi primera juventud.

Mas, como necesitaba emprender unos verdaderos estudios, mi padre me envió a la escuela de artes decorativas de Salzburgo. Quería ver qué harían de mí: estucador, tallista o algo parecido. Me encontraba, pues, con que tenía dos años por delante en Salzburgo y comencé a frecuentar asiduamente la escuela de artes decorativas, recordando las advertencias de mi padre y su amenaza de no permitirme regresar a casa y enviarme a un correccional, en el caso de que sólo consiguiese unos mediocres resultados. Pero todo transcurrió bien para mí, me familiaricé incluso con las matemáticas, hasta el punto de sacar buenas notas. Sólo el dibujo se me resistía.

Entretanto, mi padre se había casado en terceras nupcias con una joven de Klagenfurt, y, entonces, se me ofreció la oportunidad de entrar como aprendiz en el taller de un fotógrafo-paisajista, convertido en mi “tío” por ese matrimonio. Me despedí así de mis libros de texto, cuyos márgenes había llenado con garabatos de escenas de caza, de guerra, de tortura y otras del mismo género, e ingresé en el taller de mi tío, en Klagenfurt. Suficientemente advertido por la experiencia de un pasado de bastonazos, disimulaba cuidadosamente mis pensamientos y mis anhelos más íntimos. Sin embargo, en los primeros años, me esforcé por responder al deseo de todos y convertirme un día en un fotógrafo de talento.

Yo sentía ante mi tío —que a mis ojos reemplazaba de alguna manera a mi padre —, un ligero horror a causa de su frialdad; sin duda podía mostrarse a veces un verdadero seductor, de manera que a menudo yo me preguntaba si no debería saltarle al cuello, y decírselo todo, todo aquello que oprimía mi alma, y todo aquello que me fascinaba.

Pero dejaba siempre para más tarde la realización de esa idea, pues la confianza no reinaba entre nosotros; mi tío permanecía profundamente extraño. Además, viajaba la mayor parte del tiempo y nos enviaba montones de clichés para que nosotros los elaborásemos finalmente en el taller. Tengo que decir que esos cuatro años pasados entre miles de imágenes fortalecieron mucho mi gusto por el paisaje. El mar, Italia, Oriente, todas esas cosas que realmente yo nunca había visto, grabaron en mí una imagen duradera, fiel a la naturaleza, y que tenía a mis ojos un valor ideal e imperecedero.

Es evidente que en toda gran empresa la división del trabajo es más favorable a la producción en serie. Ese sistema —que mi tío introdujo también en su taller—, presentaba en mi caso personal el inconveniente de que mi participación se reducía nada más que a trabajos accesorios, y que así, después de cuatro años de actividad, aún no sabía hacer solo una fotografía, aunque la fotografía no sea verdaderamente un arte sino más bien un proceso mecánico del que un individuo medio puede aprender, en quince días, los principios esenciales. Por el contrario, llegué a adquirir,

en el transcurso de los dos primeros años, una sorprendente práctica del barrido, del arte de encender el fuego, del lavado y otras ocupaciones análogas. Más tarde, se me ofreció la posibilidad de participar en algunas manipulaciones del laboratorio. ¡Pero no aprendí, por así decirlo, absolutamente nada! Y solamente muchos años después, al trabar amistad con los directores de algunas escuelas de reproducción mundialmente reputadas, fue cuando me familiaricé, como jugando, con lo esencial de esas bellas técnicas. En cambio, hice en Klagenfurt rápidos progresos en mi conocimiento de los hombres. Mi singular situación intermedia —sobrino y al mismo tiempo aprendiz— resultó como una continua coacción, que, habida cuenta de la estupidez de mi trabajo de mano de obra, acabó ensombreciendo cualquier placer real por el oficio de fotógrafo.

Por esos años se despertó en mí la fiebre por la lectura, y dediqué noches enteras a alguna cautivadora novela. Finalmente, con mi actitud, pudieron ver mi indiferencia hacia todo lo que tenía que ver con la empresa, y, entonces, la buena disposición de mi tío disminuyó a ojos vista, sin esperanza de vuelta atrás. No obstante, le quedo reconocido por la pequeña parte de comprensión que me concedió en mi existencia de Cenicienta.

A partir del tercer año de aprendizaje comencé a recibir un salario mensual; entonces ya era un joven asistente de 17 años y dejaron de obligarme, al menos, a que permaneciese noches enteras a la mesa familiar. Ya tenía suficiente con pudrirme en una galera desde las siete de la mañana hasta las ocho de la tarde, y de ser continuamente objeto de preocupaciones.

Después siguió un año de vida desordenada. Eso comenzó con los primeros arrebatos de amor, sublimes e impregnados de ideal, que habitualmente eran incomprendidos, y que acababan por perderse en los sueños sexuales. Debo decir que hasta entonces sólo había sentido un desprecio declarado hacia el sexo femenino, excepción hecha de las mujeres maduras de treinta a cuarenta años, bien conservadas. Pero en la actualidad me interesaba también por las mujeres jóvenes.

Aparte de esas sensaciones que me embargaban, disfrutaba de mi libertad a grandes tragos. Me compré una bicicleta, criaba serpientes y toda clase de gusanos en jaulas, y mis visitas al cabaret, a las que el jolgorio de las canciones añadía picante, llegaron a convertirse en un hábito. Nunca me emborraché mucho; medio litro de cerveza o de vino era mi ración máxima.

En ese último año de mi estancia en Klagenfurt, mis deseos de diversión se vieron plenamente colmados. Como mi tío estaba la mayor parte del tiempo de viaje, ya desde la mañana corrían las jarras de cerveza; canciones de estudiantes, coros o solos retumbaban en el taller; era, durante el día, un agradable libertinaje —las noches estaban llenas de confusos misterios. De vez en cuando, mi tío hacía una aparición entre nosotros y restablecía de inmediato la disciplina. Pero a la larga, aquellas interminables noches de libertinaje quebrantaron mi salud; estaba pálido, irritable, y me sentía muy desgraciado. Caí en la melancolía, y eso vino a sofocar mi inclinación

por aquel tipo de placeres.

Volví a los libros y un día encontré por azar el *Parerga*, de Schopenhauer. Su lectura me llegó a conmover profundamente. Estaba fascinado. Veía, expuesto allí, un pensamiento absolutamente singular. Estaba lejos de pensar que algo así pudiese existir. Reflexioné largamente sobre ello, buscando la verdad con nuevas confrontaciones, y, finalmente, todo eso llevó la confusión a mi espíritu.

Ocurrió entonces que un hipnotizador anunció que daría maravillosas sesiones en una gran sala. A decir verdad, yo tenía aquello por una burda superchería, pero fui sin embargo a la velada, en compañía de algunos oficiales de la Landwehr, que me apreciaban por mi agudo sentido del humor. Y, para mi gran asombro, pude ver realmente cómo personas mayores y respetables, bajo aquel estado de hipnosis, daban gritos de gallo y gruñían como animales. Entusiasmado, me ofrecí para una experiencia. El hombre, antiguo cerrajero con una cabeza robusta y fea, me sometió, en unos minutos, a su voluntad. Bajo su sugestión, llegué a consumar —en las formas — prestaciones espectaculares; nunca antes él había conocido un éxito igual.

En los días que siguieron nos libramos en el círculo de mis amigos a toda una serie de experiencias parecidas que me interesaban mucho, pero que dieron sin duda el golpe de gracia a mi sistema nervioso. Poco después caía en una tremenda zozobra y durante la jornada no era capaz de hacer nada en el taller. Estaba nervioso y muy irritable; a menudo ocurrieron escenas penosas con los otros empleados, pues una broma estúpida soltada por azar podía arrastrarme a una rabia loca, como si repentinamente me hubieran fallado todos los resortes y las inhibiciones me abandonasen. ¡Aquello no podía seguir así! Entonces se apoderó de mí una oscura aversión por la vida y, con una decisión rápida, tras una escena violenta que mantuve con un colega, decidí poner fin a mi existencia, que me parecía inútil y arruinada. Para llevar a cabo esa tentativa, metí en el bolsillo un viejo revólver que había comprado muy barato, y me desplacé a los lejanos lugares de mi infancia para matarme sobre la tumba de mi madre. Hoy me siento obligado a sonreír con melancolía cuando pienso en esa crisis romántica de juventud. Primero, tras un trayecto de algunas horas el tren se averió a causa de una inundación, de modo que sólo después de un rodeo que duró dos días pude llegar en plena noche a Zell am See, habiendo recobrado mi sangre fría, pero si cabe aún más resuelto a llegar hasta el final. Sobre la tumba de mi madre me encomendé a Dios, y también le recé a mi madre, confiando que eso fortaleciera mi ánimo y me previniese contra la cobardía. Después, aguardé todavía hasta el siguiente toque de campana, con la esperanza de que llegara un auxilio de alguna parte —pero nada llegó, y el pensamiento de regresar inmediatamente a casa de mi padre, de ser enviado otra vez a Klagenfurt y pedirle perdón a todo el mundo, lo rechacé como demasiado ultrajante, como sencillamente imposible. Con el cañón sobre la sien derecha, donde, basándome en una lámina anatómica me había hecho un rasguño para no fallar el cerebro, apreté el gatillo. Pero el viejo y oxidado revólver se encasquilló, y me faltó el coraje moral para intentarlo

por segunda vez: lamentablemente perdí el conocimiento. Después de pasar algunas horas en la cama de una posada, volví a casa de mis padres, y mi padre —sin hacerme ningún reproche— me envió otra vez a Klagenfurt.

Mientras tanto, mi tío había regresado de un viaje y supo de mi huida. No le conmovieron ni mis ruegos ni mis promesas de enmienda, y me puso en la calle. Me encontraba entonces solo, no era nada, no tenía nada. Sin embargo, me quedé muy sorprendido cuando al leer el certificado que me expidió, decía que estaba capacitado para el oficio de fotógrafo.

Mas lo peor era que con eso perdía una oportunidad importante. Como puede verse por lo escrito anteriormente, yo aún no podía ser admitido para hacer mi año de voluntariado. Mi padre, que había sido oficial, deseaba que acabara mis estudios con un curso de preparación militar, bajo la tutela de un antiguo comandante del ejército.

Primero fui acogido provisionalmente por mis familiares de Styria. Después decidí enrolarme en el ejército sin tener la admisión como voluntario. Hice la petición y esperé. Finalmente aquello se solucionó y fui invitado a presentarme en Graz, ante una comisión de reclutamiento. Pero resultó que tampoco me admitieron entre los militares; el médico del regimiento opinaba que era preferible que yo esperase aún un año o dos.

Fue para mí un momento extremadamente crítico cuando me presenté, desnudo como un gusano, con un paso tan militar como era posible, ante el oficial del estado mayor que presidía la comisión, y a quien le pedí instantáneamente que me admitiese. Le dije que posteriormente podía hacerme cartógrafo del ejército y que, por último, yo alimentaba un ardiente entusiasmo por la vida militar.

Mis deseos se vieron cumplidos, y, al día siguiente por la noche, provisto de mi hoja de ruta salí hacia Ljublijana, capital de Kranj, para unirme a mi regimiento. Cumplí dieciocho días de servicio más o menos, y, durante ese período, me sentí verdaderamente mucho mejor que durante los dieciocho años que acababa de pasar. Pues la subordinación y servidumbre eran aquí algo común y nunca tuve el sentimiento de ser el único en conocer la depresión. Además, era una vida completamente nueva e interesante, más que la que se ofrecía a mis ojos, y, con mucha frecuencia, me envolvía una extraña felicidad al soñar que, aunque como simple soldado, se me permitía ahora pertenecer a una organización tan poderosa como podía ser el ejército austriaco. A menudo, tenía la impresión de sentir verdaderamente el indestructible lazo que desde el emperador, pasando por los demás grados, llegaba hasta el más humilde como el mío, y nos unía en un sentimiento de sacrificio total al deber y al honor. Con gran decisión, llevé a cabo las más bajas faenas, como la de limpiar los suelos, y mis maneras francas, mi espíritu de camaradería y la inteligencia que demostraba en la raras ocasiones que tuve de tratar con mis superiores, me valieron durante ese corto tiempo la estima de todos. Desgraciadamente, a pesar de mi mejor voluntad, yo no podía soportar grandes esfuerzos, ni los trabajos duros; con frecuencia tenían que ayudarme y me cansaba

rápido.

Ocurrió que la vida de militar no estaba escrita en la carta de mi destino, y la muerte súbita del comandante de la división fue la causa fortuita y exterior de un nuevo y repentino cambio de mi situación. Durante el ajetreo general, cuando se preparaban los uniformes de gala para la ceremonia fúnebre, me hice notar por mi conducta excesiva y nerviosa. Sólo sé que estaba ansioso por saber si todo transcurriría bien y si la compañía iba a estar a la altura de las circunstancias. Mi capitán me ordenó que permaneciese en el cuartel durante el entierro y, mientras seguía desde mi ventana, con una mirada inquieta, el desfile del regimiento, tuve la impresión, al oír los acordes de la música fúnebre, de que una corriente tibia y agradable recorría mi cuerpo. Me tumbé en la litera y súbitamente perdí el conocimiento. Un delirio, que seguramente me acechaba desde tiempo atrás, se apoderó de mí. Y de su fase cardinal, atravesada de convulsiones, sólo me queda un recuerdo dulce y vagoroso, como de un sueño. La quimera que había arraigado dentro de mi cabeza —pues me creía un príncipe de Borbón— llegó a ser más fuerte que mis propias señas de identidad. Yo había heredado de mi madre, que sufrió mucho similares convulsiones, mi disposición nerviosa a esa enfermedad. Me llevaron al hospital militar de Graz, y, al cabo de tres meses, aquel estado de anormalidad cesó. Nunca olvidaré la actitud paternal y afectuosa de que me dio prueba el comandante del hospital durante esos tiempos difíciles para mí. Cuando recobré mi plena conciencia, permanecí un mes en el hospital, convaleciente. Durante ese tiempo hice observaciones muy minuciosas de todos aquellos pobres enfermos, agonizantes, supervivientes del suicidio, que ingresaban allí; en una palabra, de todos los movimientos del servicio en el que me esforcé por ser útil, redactando las fichas de los enfermos, tomando las temperaturas, y otras tareas similares.

Cuando finalmente mi padre vino a buscarme, me di cuenta —al manifestar su desbordante alegría—, que, en el fondo, debía de quererme mucho. Las explosiones sentimentales siempre me han parecido penosas —creo que hay que contenerlas. Sin embargo, mi padre debió de sufrir realmente horas espantosas a causa de mi enfermedad; quizá vio en ello un castigo del cielo por el rigor con que había tratado a su hijo único.

Ahora me sentía feliz en la casa de mis padres; tenían atenciones conmigo, aunque toda la familia sufría mucho por mi frágil estabilidad, que al principio degeneró regularmente en convulsiones. Devoraba los alimentos, daba largas caminatas, y, para pasar el tiempo, copiaba imágenes del “Gartenlaube”.

Aquello supuso naturalmente el fin de mi carrera militar.

II

Un amigo de nuestra familia —el anciano notario, entendido en arte— que había visto mis dibujos, le aconsejó a mi padre que me enviara a la Academia de pintura de Munich. Como hacia esa época había heredado de mis abuelos unos miles de florines que debían ser empleados en mi educación, mi padre me hizo una proposición en ese sentido, que me pareció plausible. Yo sabía que estaba en posesión de un cierto talento de dibujante, pero nunca hubiese imaginado que esa aptitud pudiera ser la base de mi futura carrera. Así, en la primavera de 1898 partí hacia Munich, esperando encontrar allí mi destino; alquilé una pequeña habitación, y el señor Schmidt-Reutte me acogió en la institución libre que dirigía. Allí me apliqué con mucho celo en el dibujo de desnudos y bustos, y, a decir verdad, el señor Schmidt fue mi único maestro, pues si dos años más tarde entré en la clase de dibujo de Gysi, se debió sobre todo a instancias de mi padre que deseaba que yo pudiese frecuentar una institución pública. Pero sólo asistí muy raramente y trabajé poco en la Academia.

Antes de mi llegada a Munich no tenía conciencia de haber visto nunca una bella obra de arte. Las imágenes de santos me aburrían, y no podía imaginarme que pudiesen ejecutarse tales obras con alegría. Yo me imaginaba a los pintores como gente que lleva una vida de aventuras, muy semejante a la de las gentes del circo. Entre nosotros, en casa, donde se cultivaban las tradiciones de una vieja familia de oficiales y funcionarios, casi nunca se hablaba de arte. Yo había visto, en el “Gartenlaube”, cantidad de bellas figuras de muchachas, y escenas de la vida rural y monástica; salvando todas las distancias, eran las escenas de batallas allí reproducidas las que más despertaban mi interés.

Cuando, al día siguiente de mi llegada a Munich, entré por primera vez en mi vida en una gran galería —la antigua Pinacoteca—, aquello fue para mí un acontecimiento extraordinario. Sentí como si todo mi ser se fundiese en la felicidad y el asombro, y sólo me atreví a cruzar las salas de puntillas. Aquella inmensa exhibición, aquel fulgor del espíritu humano me dejaron absolutamente desconcertado; y me quedé allí, sin comer y sin sentir la menor fatiga, desde las nueve de la mañana hasta el cierre, a las seis de la tarde, en las salas, que me parecieron el mismo paraíso. Yo no hacía ninguna distinción entre las impresiones que experimentaba ante cada obra en particular; al contrario, me parecía que los centenares de cuadros estaban todos pintados por la misma mano. Finalmente, tuve que abandonar el recinto, pero no pude dormir en toda la noche. Aquella experiencia de una tan concentrada belleza no volvería a repetirse jamás en mi vida.

Los primeros años de mi estancia en Munich pertenecerán siempre a mis recuerdos más agradables. El contraste con mi penoso pasado era radical; ante todo, la ausencia de cualquier coacción exterior me sentaba bien. Era libre, no recibía órdenes de nadie. Había vivido muy atormentado, por el sentimiento de mi propia y completa inutilidad, y de mi indignidad, que en el pasado me había hecho sufrir —reforzándolo continuamente— mi familia. Ahora, todo transcurría más serenamente

en mi nueva existencia, y, desde el principio, me sentí invadido de un feliz ánimo hacia el trabajo. Hice amistad con dos condiscípulos —Klemens Frankl y Emil Cardinaux— que poseían un taller en la trasera de la casa que yo habitaba. Allí teníamos la mayoría de nuestras reuniones, donde discutíamos de arte hasta perder el aliento (y en particular, de las obras de Franz Stuck), allí aportábamos también nuestras comidas, que a veces preparábamos nosotros mismos. Nos dedicábamos a la música, dibujábamos caricaturas, leíamos y nos entregábamos al amor, y, en una palabra, llevábamos una vida libre, a la manera de la descrita por Murger en *La Bohemia*.

No tengo gran cosa que decir sobre mis estudios durante esos dos primeros años. Trabajaba honestamente como los demás, siguiendo el rígido sistema de nuestro excelente maestro, sistema basado principalmente en la búsqueda de las medidas exactas y las proporciones justas, que son los fundamentos de la anatomía plástica; cualquier superchería en el tono, cualquier tentativa aventurera con los efectos de luz y sombra estaban severamente prohibidas. Sólo teníamos como modelo a un tal Bartzuchter, y los desnudos femeninos que aquí y allá se deslizaban entre nuestros atletas eran verdaderamente instructivos; pero desde otro punto de vista “aquello era lamentable”. Nuestros trabajos, por esa razón, se parecían bastante entre sí, pero también teníamos, por supuesto, como toda escuela, uno o dos “genios”.

Me extenderé un poco más hablando de un círculo de amigos del arte que había hecho su bastión del café “Élite”, ubicado en la Schellingstrasse, y que ninguno de sus miembros de entonces olvidará nunca. Ese círculo se llamaba “Sturmfackel”; era una asociación liberal, que proclamaba grotescamente que sus fines eran acabar con el individualismo.

Entre sus miembros: Ernst Stern, Weissgerber, Salzmann, Levi, Finetti, Korzendorfer, Cardinaux y algunos más, se hicieron un nombre. En la época de su apogeo, hacia 1901-1902, al menos treinta artistas de élite se plegaron al estatuto ceremonioso y extraño de la asociación. Desgraciadamente, algunos de ellos ya han muerto, como el magnífico E. Mantels, el futuro Arcus Troll, del Cabaret “Elf Scharfrichter”. Aunque aquello nada tenía que ver con una determinada preferencia artística que nos reuniese allí, como ocurre en París; cada uno defendía su personalidad. Sin embargo sacábamos provecho de la atmósfera exuberante, espiritual y elevada que reinaba entre nosotros. Cada uno manifestaba una entrañable simpatía por su vecino y compartía su suerte, lo que me procuraba un particular bien, pues yo tenía una gran necesidad de desahogarme.

Ese largo y bello período me sirvió de consuelo por todo lo que antes había ocurrido en mi vida, y me fortaleció para el futuro. A pesar de todas las reuniones y fiestas, trabajábamos mucho, y cada cual disponía de su tiempo libremente, lo que para mí representaba una absoluta necesidad.

Cuando después de dos años ingresé en la clase de Gysi, en la Academia, descubrí la vía de mi propia vocación artística, aunque los estudios emprendidos en la

Academia nada tendrían que ver con ello.

No había olvidado la inmensa y fuerte impresión que me causó mi primera visita a la Pinacoteca, pero la veneración sin límites que sentía por los maestros antiguos me causaba una profunda zozobra. En la Academia había reproducciones colgadas de las obras de Holbein, Velázquez y otros pintores, y que todos los días tenía ante los ojos. Pero me parecía que no había la más lejana relación entre mis trabajos y los fines que esos pintores se habían propuesto. La influencia demoníaca y la fuerza que se apoderaban de mí cuando pintaba, mis estudios de cabezas y desnudos no tenían absolutamente nada que ver con todo aquello. Esos trabajos no eran ciertamente malos, pero incluso si hubiesen sido mil veces mejores, seguirían siendo completamente otra cosa. Los cuadros modernos, en comparación con los antiguos, casi no me decían nada, sólo me inspiraban la estima por la gran aplicación y la ciencia que exhibían sus autores. Estaba muy deprimido y, para yugular mi melancolía, me libré a todos los excesos y distracciones posibles, lo que no hizo más que empeorar las cosas y darme de la vida una aversión sin límites, hasta que encontré una vez más asilo en mi antigua pasión, la filosofía.

Volví a Schopenhauer y, en unos cuantos días, leí, presa de un frenético ardor, sus obras más importantes. Encontré, en la desesperación que me animaba, que la concepción pesimista del mundo era la única exacta, y me embriagué de esas ideas, que estimulaban mi insatisfacción. Rumiando sueños extravagantes, escribí, la mayor parte del tiempo en el transcurso de mis paseos por el jardín inglés, todas las ideas filosóficas que me venían al pensamiento, y, finalmente, imaginé una singular cosmogonía de la que quiero exponer los extraños fundamentos.

Imaginé, pues, que un principio extra-temporal en sí mismo, dotado de una existencia eterna —lo denominé como “el padre”— creaba, por una razón impenetrable, la conciencia —el “hijo”— y el mundo inseparablemente unido a él. Naturalmente yo era “el hijo”, que se mistificaba, martirizaba y perseguía —durante tanto tiempo— que le rogó al padre verdadero y gigantesco, que lo crease espontáneamente como un espejo la imagen. Así, semejante hijo podía desaparecer en cualquier momento con su mundo y ser conservado en la omnímoda existencia del padre. No habría nunca más que un hijo y, a partir de su propio conocimiento, podríamos decir comparativa y alegóricamente que ese proceso del mundo, cruel y engañoso, sólo se desarrollaría para que el padre pudiese percibir, a favor de esa confusión, su inmensa claridad e infinitud —y medirlas. A menudo, durante las horas nocturnas, llené, con las reflexiones filosóficas y poéticas del “hijo en tanto que peregrino del mundo”, docenas de cuadernos que he mantenido secretos, eludiendo las preguntas e investigaciones de mis amigos, y que sólo le mostré y leí a uno de ellos. He conservado la mayor parte, pero casi todos estaban garabateados apresuradamente y con una tal fiebre, que no pueden descifrarse. Una vez que ese período ardiente se fue cumpliendo y serenando, cogí una fuerte inflamación de garganta que me clavó a la cama durante varios días. Por esa época, dibujaba mucho

y volcaba en el papel todas las fantasías y caricaturas fantasmagóricas que me pasaban por la cabeza, y que se correspondían tan bien con mi miserable estado de alma.

Por esa época tenía un amigo, del que quiero hablar aquí. Era un músico muy inteligente, que había llegado en el momento justo para contrarrestar el "Sturmfackel". Uno de esos días en que vino a verme, durante mi enfermedad, vio mis últimos dibujos. Dijo que le recordaban por muchas razones los aguafuertes de Klinger, a quien igualmente me puso como ejemplo. Una vez restablecido me acerqué, pues, al gabinete de grabados y pude ver la serie de aguafuertes titulada *El guante*. Temblé de emoción. Allí se ofrecía a mis ojos un arte absolutamente nuevo, que dejaba un campo libre a la expresión alusiva de todos los mundos de la sensación, los únicos posibles. Ante aquellos grabados me prometí consagrar el resto de mi vida a crear obras semejantes.

Con el corazón desbordante de emociones erré por la ciudad, y, ya de noche, entré en un teatro de variedades, pues necesitaba otro ambiente, más bullicioso, que compensase de alguna forma mi intensa excitación emocional. Entonces se produjo un curioso fenómeno psíquico, decisivo para mí, que aún hoy no llego a comprender, a pesar de haber pensado mucho sobre ello. Cuando la orquestina se puso a tocar, comencé a ver todo lo que me rodeaba de manera más clara y precisa, como bajo una luz distinta. En las caras de los espectadores sentados en la sala vi súbitamente, por decirlo así, las imágenes de la bestialidad humana. Todos los ruidos me parecían extraños, cortados de su fuente. Resonaban en mí como un lenguaje universal, sarcástico, quejumbroso, bordoneante, que era incapaz de comprender, pero que me parecía tener un sentido oculto absolutamente fantástico. Me sentía triste, aunque me recorría un extraño sentimiento de bienestar, y volví a pensar en los grabados de Klinger, al mismo tiempo que reflexionaba en la manera en que ahora iba a trabajar.

Y, repentinamente, se apoderó de mi un torbellino de imágenes en blanco y negro —es imposible describir aquella riqueza de inspiraciones que se reveló a mis ojos. Abandoné apresuradamente el teatro de variedades, porque ahora la música y las luces me turbaban, y comencé a deambular sin fin por las oscuras calles, dominado, literalmente violado, por una fuerza obscena que con un efecto mágico hacía nacer en mi mente visiones de animales extraños, casas, paisajes y situaciones grotescas y pavorosas. En mi mundo maldito me sentía increíblemente bien y me dejé llevar por la exaltación; cuando me cansé de aquella errancia, me introduje en un pequeño salón de té. También allí era todo absolutamente extraordinario. Desde el primer momento me pareció que las camareras eran muñecas de cera, animadas quién sabe por mor de qué mecanismo, y sucedía como si acabase de sorprender a los raros clientes —que además me parecían verdaderamente irreales, como sombras— a punto de entregarse a operaciones diabólicas. Todo el fondo de la sala con el órgano y su buffet era sospechoso. Me parecía que era una trampa cuyo único fin era disimular el verdadero secreto —probablemente una sangrienta guarida, semejante a un establo iluminado

por una luz dudosa.

Pude esbozar algunos trazos de esas imágenes —que cambiaban con una desconcertante facilidad— en mi cuaderno de notas. Seguí sumido en esa turbación durante mi regreso a casa; la Augustenstrasse, por momentos, me pareció que se enroscaba sobre sí misma, y una montaña pareció elevarse y formar un inmenso anillo en torno a la ciudad.

Cuando llegué a casa me tumbé en la cama, como muerto, y dormí con un sueño profundo —sin soñar— hasta la tarde del día siguiente. Los días que siguieron hice una vida completamente retirada. Realicé series enteras de aguadas; me empapé de la obra dibujada de Klinger, Goya, de Groux, Rops, Munch, Ensor, Redon y otros artistas parecidos, que gozaban de mi admiración y de los que, aquí o allá, aunque inconscientemente, sufrí su influencia. A Munch le conocí personalmente. Me recibió en su casa, en distintas ocasiones, siempre en compañía de Thulla Larsen, su novia. Munch era un hombre inabordable, bastante original, y solamente bajo los efectos del alcohol dejaba ver su cordialidad, pero a mí me atraía precisamente por su carácter tan reservado. Más o menos por la misma época conocí a Paul Klee. Intercambiamos entre ambos, con cierta frecuencia, postales dibujadas por nosotros mismos. Paul era un hombre muy serio y reservado; sus cualidades creativas, ya entonces, me inspiraban un gran respeto. Aunque pude darme cuenta de que mis trabajos tenían un estilo de un carácter muy personal.

A continuación, volví a sentirme sumido con frecuencia en esa especie de embriaguez milagrosa semejante a la descrita anteriormente, pero nunca con esa repentina fuerza. Durante ese período inicial, me preocupaba en gran manera el hecho de que mis dibujos, técnicamente, no fuesen de igual calidad. De diez sólo conseguía dos —a veces uno— como los hubiera deseado. Mas, para hacer otros y comenzarlos sin pausa, me faltaba tranquilidad. Me sentía llevado sin voluntad por nuevas ideas que me asaltaban y toda resistencia hubiese sido imposible. Un día llegué a estar tan inmerso en ese tumultuoso enredo de deseos, tan debilitado a causa de aquella ciclotimia, de esperanzas y dudas sobre mí mismo, que caí en un estado de confusión semejante al que me había encontrado durante mi vida militar, acompañado de las mismas convulsiones; mis amigos me trasladaron al hospital en un vehículo, para dejarme bajo los cuidados del profesor Gudden, el cual me dio de alta al día siguiente, declarándome curado.

Por entonces ya no iba a la Academia y sólo raramente frecuentaba el “Sturmfackel”. También el círculo se disolvió enseguida, después de montar un último y brillante número con una memorable “orgía romana”.

En los periodos en que no podía trabajar a causa del temblor de mis manos, debido al agotamiento —aunque seguía mentalmente muy despierto— me familiaricé con todas las obras literarias posibles, modernas y clásicas, en la medida en que las mismas estaban traducidas a mi lengua. También leí, sin orden y sin elegir demasiado, obras de historia, relatos de viajes, tratados de medicina y muchos otros

libros.

Poco a poco reuní más de cien de mis dibujos —eso marchaba de la mejor manera —; únicamente comenzaba a escasearme el dinero. Entonces fue cuando Paul Cassirer me propuso exponer en su galería de arte de Berlín, lo que sin duda alguna levantó mi ánimo. Me abandoné a la feliz esperanza de que aquella exposición, en una galería tan prestigiosa, me daría a conocer, y sería el comienzo de un hermoso futuro despejado de dificultades materiales. Empleé, pues, mis últimos denarios en la compra de cuadros, *passepartout*, etc., y envié, con el corazón ilusionado, los embalajes a Berlín. A los pocos días también yo me desplacé a la capital y me sentí contento y muy orgulloso al ver, por primera vez, mis cuadros —que adquirían allí un aire extraño y solemne— colgados de las paredes de una sala de arte. Desgraciadamente, más vale no hablar del resultado económico de la exposición, pero se escribieron algunas críticas muy favorables de mi obra, en las que se me saludaba como a un artista nuevo. Por supuesto, algunos también se asustaron de mi "Gabinete de los horrores". Aquellas críticas tan favorables me halagaron mucho, pero la falta de dinero comenzaba a ser agobiante ¿Qué hacer, una vez gastada mi modesta herencia? La pobreza, que desgraciadamente conocía muy bien, me acechaba de nuevo. Sin embargo, en esos momentos un amigo compró doce de mis dibujos, y mi barca salió a flote. Y las cosas aún iban a mejorar de forma completamente inesperada.

Entretanto, conocí en Munich al poeta Maximilian Dauthendey, que se entusiasmó con mi arte y me puso en relación con sus amigos; éstos, a su vez, hablaron de mí a sus conocidos, lo que acabó siendo para mí de gran utilidad, pues mis trabajos poco a poco comenzaron a salir de mi taller. Después, me vino a visitar un día el señor von Weber —un aficionado del arte original—, y mis dibujos le gustaron hasta tal punto que, sin apenas mediar palabra, me compró ochenta piezas. A partir de ese momento todo adquirió un cauce favorable. A mi pequeño taller de Theresienstrasse empezó a venir mucha gente, todos se interesaban por mi producción y muchos acabaron comprándola, y, como consecuencia de ello, reuní la cantidad de seis mil ducados en un tiempo relativamente corto. Hans von Weber, con el que estreché los lazos de amistad, editó en el año 1903 una carpeta con quince reproducciones de mis dibujos. La misma fue acogida con buenas reseñas y me dio a conocer a un público más amplio. ¡Qué maravillosa e inesperada alegría! A partir de ese momento comencé una vida social muy activa, y, casi todas las noches, era invitado por alguien. El feliz cambio que experimentaba mi situación actuaba de manera muy favorable sobre mi capacidad de trabajo; así, pude concebir una gran cantidad de dibujos, cuya calidad artística mejoraba cada día. Hacia esa época —octubre de 1903—, volví a Berlín por segunda vez y durante algunas semanas viví en Friedenau, en casa de Hans von Müller, un especialista muy conocido por sus trabajos sobre Hoffman. Una noche, podían ser las 11 h., Müller había salido, y yo leía en mi habitación una obra de Kant, haciendo un esfuerzo mental por penetrar en

esos difíciles pensamientos. Todas mis representaciones de las cosas se acompañan de una delicada sensualidad que hace los objetos más aprehensibles. Esas fuerzas, casi siempre en alerta, caían también sobre los conceptos abstractos, como los que a menudo encontraba en la lectura de pasajes filosóficos. En esta ocasión, y no sé por qué circunstancias, debieron de tomar otros caminos, pues mi conciencia alcanzó repentinamente un grado tan insólito de luz interior, que sentí, quizá solamente durante unos segundos, una indescriptible sensación de paz, y me vi como una entidad para la que mi cuerpo, la pieza donde yo estaba, mis experiencias de ordinario familiares —lindando con el cubismo—, sólo formaban un todo confuso. Esa extraordinaria sensación, que aparece bruscamente y desaparece sin dejar la menor traza, es tan convincente por sí misma que me parece incomunicable a los demás. Añado aquí esta breve acotación porque a partir de ese momento es algo que me ocurrió con más o menos intensidad y que se reveló como la fuente principal de mi vida.

Después de mis éxitos, que le hicieron sentirse orgulloso de mí, las relaciones con mi padre comenzaron a ser más cordiales. Sin duda hubiera podido ganar mucho más dinero si entonces siguiese los consejos de mis amigos y me consagrase únicamente a la técnica del grabado. Pero yo estaba lleno de ideas, y todas me parecían de la mayor importancia; me atuve al dibujo original, y llegué incluso a rechazar alguna oferta de la prensa.

En esa época maravillosa conocí en una pensión familiar a una joven compatriota, y, en poco tiempo, nos hicimos novios; mi suerte desde entonces parecía no tener límites. Todo lo que antes se había presentado por azar ante mí, bajo el nombre de amor, resultaba vagoroso ante aquella pasión profunda y verdadera, que en aquel momento se había apoderado de mí. Ciertamente, más de una vez me asaltaron las dudas y la inquietud, y me preguntaba si sería conveniente sellar con el matrimonio aquella relación amorosa. Temía alienar mi libertad y ponerme una camisa de fuerza. Pero mi pasión salió triunfante. Me presenté en casa de los padres de mi novia con el fin de conseguir su aquiescencia para nuestra futura boda. Así, a los 29 años, estaba seriamente preocupado por la idea de constituir una familia en breve plazo. Pero las cosas tomaron un sesgo inesperado. Mi novia enfermó uno de esos días que vino a verme a Munich, y al cabo de diez días moría en el hospital. Ante su cadáver, comprendí de súbito que mi suprema felicidad había desaparecido para siempre. Sumido en una desesperación sin límites, intenté gritar, pero de mi garganta no salieron los gritos que me hubiesen aliviado.

En adelante, mi vida me pareció siniestra y vacía; perdí todo el coraje y dilapidé rápidamente mis economías, porque ahora carecían de finalidad. Al mismo tiempo, los recuerdos de esa muchacha en la flor de la edad, que me había sido arrancada como por un maleficio, no cesaban de torturarme. Extravagancias y derroches se sucedieron en un desorden alocado; abandoné la sociedad de mis amigos y dejé mis asuntos a la deriva. Cuando mi desesperación llegaba al límite y estaba a punto de

perder la razón, me decidí —un domingo— a visitar a unos buenos amigos. Allí, por azar, conocí a la que acabaría siendo mi mujer. Ella dio muestras de una gran comprensión por mi estado, lo cual nos acercó mucho. Me inspiraba confianza y amor, la visité con frecuencia, y, poco tiempo después, tomamos la decisión de contraer matrimonio. Nos casamos en marzo de 1904, y a partir de ese momento mi situación se estabilizó.

Ante todo, ahora intentaba reflexionar más fríamente sobre mi destino pasado, aceptar como inevitable la catástrofe que aún martirizaba dolorosamente mi corazón, y adaptarme lo mejor posible a mi nuevo hogar. Ciertamente, ahora ya no era capaz de los mismos arrebatos del alma que antaño; subsistía una profunda cicatriz, que era necesario que cerrase. Pero mi matrimonio me aportó una felicidad tan nueva que acabó reavivando mis ganas de trabajar. Fue entonces cuando nació una serie de dibujos de ejecución armoniosa, donde me limitaba a una gama de tonalidades delicadamente degradadas, para que la forma fuese más rica y variada. Si, en el pasado, me ceñí a tonalidades gris-azuladas, marrones y verdinosas, ahora acogía en mi paleta los amarillos, verdes, carminados, rojos, etc. Esa pasión por los colores duró algún tiempo, más o menos medio año; poco después, esas visiones sugestivas, surgidas, por decirlo así, tanto del inconsciente como de las imágenes de visionario, se hicieron más raras y se debilitaron, para desaparecer finalmente por completo. Por esos días mi esposa había enfermado —hubo que llevarla a un sanatorio termal— y yo me quedé solo en casa, con un sentimiento de profunda zozobra.

Para sustraerme a esa tristeza y buscar nuevas impresiones, me marché a Viena. Esa bella ciudad era nueva para mí, y fue allí, en el Hofmuseum, donde pude admirar la colección de cuadros de Brueghel el Viejo. Por entonces ya había oído hablar mucho de ese maestro, pero he de decir que no estaba preparado para todos esos esplendores que conmueven con tanta audacia y tan directamente la sensibilidad de un artista. Ese día pertenece a los más ricos de mi existencia. Ya dije que mi primera visita a la antigua Pinacoteca me había provocado un éxtasis increíble, que, en principio, me transportó hasta el cielo, para después hacerme tomar clara conciencia de mi nulidad en relación con la obra de juventud de Klinger que decidió del camino que debía seguir, orientándome hacia el arte gráfico. Pero aquí mi aventura fue muy distinta. Era algo singularmente familiar, mezcla de arrebato y sagrado, de profundamente emotivo, que me fue dado conocer una vez más tan intensamente y que hizo temblar todas las fibras de mi alma, como nunca lo había hecho ni lo haría el espectáculo de una obra maestra. Quizá no fuese el contenido objetivo de la obra lo que tanto llegó a gustarme, sino más bien el carácter elemental-visionario de su arte, que emerge del inconsciente y que, con medios artesanales casi prosaicos, domina maravillosamente el torrente de las formas.

Enseguida me procuré todas las reproducciones de cuadros, dibujos y grabados de Brueghel sobre los que pude echar mano. Mi admiración por esas obras era tan absoluta que mis propios esfuerzos me parecieron superfluos, al ver tan

magistralmente superado, desde hacía siglos, todo lo que yo aspiraba a realizar. Con un gran cuadro de 100 x 50 cm., titulado “La Isla del Inglés”, y con una pintura de colores abigarrados, acabé la serie de mis dibujos que pasaba largamente del millar.

Como mis antiguos trabajos me parecieron entonces anodinos, además de sentir un cierto disgusto cada vez que los contemplaba, me volví hacia un nuevo campo de actividad.

En Viena, Kolo Moser me había enseñado una técnica que por medio de una mezcla de cola y colores de acuarela, se podían conseguir sorprendentes efectos de color. Me dediqué con cierto afán a ese nuevo procedimiento, y conseguí pintar un ciclo de obras resplandecientes y tornasoladas. Se podían conseguir logradas imágenes de bosques encantados, de flores, de peces como sumergidos en un arco iris, de adornos orientales que hubiesen sido hechos de joyas y alas de mariposas.

En el otoño de ese mismo año, emprendí un largo viaje —con mi mujer— al sur de Francia e Italia, en cuyo transcurso los colores avivados por la brillante luz del sol se grabaron en mi memoria y contribuyeron a desarrollar mi estilo cromático. De vuelta a casa pinté toda una serie de cuadros con selvas vírgenes y tropicales, que casi siempre poblaba con criaturas de faunas vivas o ya desaparecidas. Tras un examen más serio y cuando hubo pasado ese primer hechizo artístico, comprendí que tal manera de pintar limitaba el trabajo creativo, y que esa técnica me hacía demasiado tributario del azar; entonces renuncié a los efectos refinados de la cola y comencé a emplear la tempera pura. Aunque me sentía un verdadero pintor, y me enfurecía contra todo aquello que no constituyese el contenido pictórico del cuadro, de vez en cuando sentía en mi alma un desacuerdo, un verdadero desorden. A decir verdad, mis cuadros no eran irreprochables desde el punto de vista del color, sino que, contrariamente, aún prevalecía en ellos un sentimiento pronunciado de la tonalidad. Secretamente, muy secretamente realizaba de vez en cuando algún dibujo grotesco, para desintoxicarme y porque necesitaba dominar el trazo.

Mientras tanto, el entusiasmo adquisitivo de mis protectores había disminuido considerablemente —nuevas dudas. Para acabar con todo aquello, me marché con mi mujer en el invierno del año 1905 a París, donde deseaba ver a los verdaderos maestros del color, a aquellos grandes artistas de la generación precedente, de la escuela de Barbizon, que me atraían: Corot, Díaz, Daubigny, Rousseau y su arte vaporoso y delicado. Pero finalmente, acabó maravillándome Constable, por su técnica con el uso de la espátula. Por lo demás, evidentemente, no podía resistirme al deseo de hacerle una visita al anciano Odilon-Redon, que se sintió complacido por el respeto que le testimoniaba el dibujante Kubin. Tuve la suerte de adquirir algunas bellísimas y raras obras del maestro.

Los impresionistas me procuraron una honda emoción, quizá la más fuerte que recibí del arte francés, pero en algún lugar secreto de mi alma no tenían un valor tan grande; para mí eran poco visionarios, sin embargo la desenvoltura que aportaban con su expresión me gustaba.

Al regresar a Munich, comencé a pintar con más audacia y más ímpetu que antes. Ya no sentía temor ante los pinceles y los colores. Los temas seguían siendo los mismos. Tal estado de ánimo duró bastante tiempo, y creo que las obras de esa época pueden parecer muy buenas, sobre todo porque había superado completamente el desaliño formal que aparecía en mis dibujos; en general todos estaban de acuerdo. Casi a diario venía gente a ver mis trabajos, pero muchos preferían mis cosas antiguas. No me gustaba hablar de mis dibujos y aún menos enseñarlos. Prefería que mis visitantes contemplasen mis témperas. Así, pues, por entonces, parecía haber dos grupos diferentes de admiradores de mis trabajos, y, quizá, sus encontradas opiniones nunca hubieran llegado a preocuparme si no fuese porque, en lo más secreto de mi corazón, estaba desgarrado y torturado por la duda.

No era tan cierto que por su virtud plástica, mis pinturas, fieles en la reproducción de la realidad física, fuesen positivamente superiores a los dibujos; éstos, por el contrario, tenían —incluso en las partes menos equilibradas y atormentadas— un encanto que estaban lejos de conseguir mis obras del último período.

Me encontraba en un estado de profunda zozobra, y cuando mi padre me insinuó que me comprara una pequeña mansión en la Alta Austria, cerca del río Inn, enseguida fui seducido por esa idea. Me aferré a la misma porque emboscado en mis dilemas a propósito del arte, la atmósfera de la ciudad se me había hecho insoportable. Desde entonces, vivo en Zwickledt.

De inmediato, me puse a pintar con más empecinamiento que nunca, pero mis conflictos internos y mis escrúpulos eran cada vez más agudos. Hubiese preferido zozobrar antes que realizar una obra que no fuera original, y por eso busqué nuevos temas que sirviesen a mi pintura. En principio, tuve la idea de paisajes submarinos, por el vivo recuerdo que conservaba de algunos grandes acuarios, cuyos colores y formas temblorosas me habían fascinado. Pero eso aún no era suficiente; quería, empujado por el conflicto de mis sensaciones, superarme, superar la naturaleza, superarlo todo, y cuando pude estudiar bajo el microscopio las imágenes fantásticas de la materia animal y vegetal, me sentí espontáneamente aliviado. Trabajaba bajo los efectos de una pasión violenta, que ahora se resolvía en trazos beneficiosos para mí, pero lo que hacía no se deja describir fácilmente. En consecuencia, aparté cualquier recuerdo de una naturaleza dada y organizada, y componía —con imbricaciones de veladuras y luz—, fragmentos de cristal o conchas, jirones de carne o de piel, ornamentos foliáceos, e infinidad de otras cosas, componía obras bañadas en una luz cálida o fría que, en el transcurso de su realización, renovaban sin cesar su efecto de sorpresa a mis ojos y me satisfacían profundamente, sí, me hacían feliz, como raramente antes lo había hecho el trabajo, ni lo haría después. ¿Hay que sorprenderse de que yo fuese alabado por uno de nuestros poetas modernos más radicales, dotado de la imaginación más extravagante —Paul Scheerbart—, y de que nos escribiésemos cartas completamente barrocas, en un tono que nada tenía de burgués? Pinté una veintena de esos cuadros, y los amigos que por entonces pudieron verlos se

sorprendieron mucho, pero no pudieron explicarse aquellas monstruosas explosiones. En una palabra, ¡había que esperar! ¡Y mi esperanza también disminuía! Pues cuando pasó esa nueva embriaguez, tuve que convenir conmigo mismo, que aquel sistema no podía constituir la base de un trabajo duradero.

Nuestra mansión está situada en un lugar de perfecta soledad. Mi padre, que vivía en un pueblo cercano —en Schárding—, y al cual visitaba frecuentemente, se había hecho, con la edad, más cordial y sociable. Durante ese tiempo yo había hecho tantas observaciones y comparaciones sobre el alma humana, que ahora comprendía mejor a mi padre, lo respetaba, y, finalmente, lo amaba. Y hoy tengo para mí que fue una satisfacción haber podido embellecer los últimos años de su vida.

En mi trabajo volvía a encontrarme, una vez más, en un momento crucial. Había llegado a un límite con las experiencias de la forma y el color e intenté un cambio radical en mi manera de pintar, desplazando mis objetivos hacia un modo de composición armónica, en dos dimensiones, como los jóvenes artistas franceses y alemanes, que se inspiraban en Gauguin. Renuncié a cualquier originalidad, y me defendí contra ella con todas mis fuerzas. Sólo pretendía servir al Arte, de una manera sencilla y más humilde.

Durante un viaje a Munich, conocí al padre benedictino Willibrord Verkade, que había sido amigo de Gauguin y de aquellos que lo rodeaban. Ese pintor moderno, en hábitos de religioso, se interesó vivamente por mis trabajos, y, para animarme, me envió a Zwickledt una caja con estudios de Denis, Bonnard, Sérusier, Filiger y otros artistas de ese grupo. Así, pues, entré en ese elemento que me era verdaderamente extraño, y me sometí voluntariamente a aquella sugestión, quizá por simple placer del contraste.

Cierto día tuve la impresión de que, al hacer aquello, había caído en un estado de servidumbre, y en un arrebato destruí todo lo que con tanto afán había realizado. Caí en una crisis de melancolía, a la que desgraciadamente sucedió una crisis física, pues sufrí una penosa infección intestinal. Para abandonar todas esas preocupaciones y escapar a la hipocondría, en el otoño de 1907 emprendí un viaje a Bosnia y Dalmacia.

A mi regreso, pude enterarme horrorizado que mi padre, que estaba enfermo desde hacía algún tiempo, se acercaba rápidamente hacia el ineluctable fin. Murió el día 2 de noviembre de 1907. La impresión que me causó esa pérdida aún hoy no he podido superarla, y, con obstinación, rechazo cualquier recuerdo que se relacione con la misma. El sentimiento de auténtico vacío existencial ante esa desgracia me marcó tan profundamente, que ni los cambios de mi fortuna, ni las especulaciones del espíritu pudieron modificar en adelante.

En el fondo, lo que me turbaba no era tanto el hecho de la muerte como la sensación de que una parte de mi vida había sido brutalmente reducida a nada; y, desde ese acontecimiento, siento un temblor casi igual cuando sé de la muerte de alguno de mis buenos amigos; pues, al mismo tiempo, siento con más o menos intensidad la estúpida contradicción del universo, que únicamente adquiere un sentido

grandioso y profundamente significativo en la verdadera meditación místico-artística. El carácter efímero de todo lo que existe aquí abajo es algo marcadamente horrible; pensar fríamente o buscar también lo que en eso hay de bueno, exige un auténtico heroísmo. Por esa época mi situación, desde un punto de vista externo, había empeorado más a causa de una nueva y grave enfermedad de mi mujer, que hubo de emprender viaje e ingresar en un sanatorio para restablecerse. Me quedé, pues, completamente solo en Zwickledt, y mi abatido espíritu alejaba el menor deseo de trabajar. En esos días difíciles, mi ardiente ansia de vivir se consumía en gran parte y las violentas fluctuaciones sentimentales acabaron dejando paso a un estado más sereno; después, ya no me fue posible sentir —con la misma intensidad que antes— el temor, el deseo o la esperanza. En ese aspecto, me empobrecí.

Durante los tres meses siguientes trabajé muy poco, pero en cambio leí distintas obras de los místicos de Oriente y Occidente, que siempre me interesaron. También me dedicaba a observar a mis distintos animales: un cisne pleno de ánimo, una gacela domesticada, los gatos, los peces del acuario, y una colección de coleópteros. Me pasaba horas enteras deambulando por el bosque y los campos, y poco a poco retomé mis lápices y llené una docena de cuadernos con mis dibujos. Cada esbozo estaba realizado sólo con algunos trazos. Más bien eran bagatelas que cosas serias. Seguramente me faltaron el deseo y la fuerza para llevar a cabo un verdadero trabajo.

Pasé la primavera y el verano en tales ocupaciones, y hubiese sido desesperante para mí si en mis borradores no se hubiera manifestado algo nuevo. Para mi alegría, constaté que ahora dibujaba con una mano incomparablemente más segura que antes. Esa firmeza, que en apariencia me llegaba del cielo, era en realidad la consecuencia de los dos años que había consagrado a la pintura. Los puntos esenciales que permiten en el dibujo dar vida y forma a una impresión, los descubría ahora con más claridad, y más conscientemente, que en mi anterior método de trabajo, singularmente monomaníaco.

Así, pues, lo que me faltaba era la inspiración, y para ayudarme a salir de esa zozobra espiritual, quizá también para encontrar el aliento necesario, emprendí un viaje, en otoño —al norte de Italia y a Venecia—, con mi amigo Fritz von Herzmanowsky. Me abandoné completamente a todas las impresiones provocadas por el viaje, y, ya de regreso —en el lago Garda— sentí un ardiente deseo de ponerme a dibujar. Qué iba a salir de eso, ni yo mismo lo sabía ni quería pensar en ello. Pero era consciente de que miraba el mundo con ojos nuevos y sentía vibrar una luz en mí. Regresé a casa de prisa y lleno de fervor. Pero cuando intenté hacer un dibujo, no me fue posible conseguirlo. Era incapaz de dibujar algunos trazos significativos y coherentes. Como si un niño de cuatro años tuviese que hacer, por primera vez, un esbozo de la naturaleza. Ese fenómeno nuevo me asustó, porque —tengo que repetirlo— me sentía inspirado y con muchas ganas de trabajar. Tan sólo por hacer algo y encontrar así cierto alivio, me puse a escribir una historia extravagante. Desde entonces las ideas afluyeron a mi mente y día y noche me impulsaron al trabajo, de

manera que en apenas doce semanas escribí la novela fantástica *Al otro lado*. En las cuatro semanas que siguieron dibujé las ilustraciones. Cuando finalicé estaba agotado y sobreexcitado, y me sentía lleno de inquietud ante una empresa tan aventurada. Antes de esa novela, yo nunca había escrito nada destinado a publicarse. A decir verdad, la actividad literaria incluso me resulta antipática y nunca en mi vida he escrito un poema. Temía comprometer mi vocación artística con la publicación de *Al otro lado*, y aún más desde que —ya antes— se pretendió ver en mis dibujos una tendencia literaria.

En principio le leí el manuscrito a mi cuñado, Oskar A. H. Schmitz, a quien consideraba muy competente en ese tipo de cosas. Para mi gran alegría, mi obra le gustó mucho y me garantizó, por decirlo así, la calidad. Durante el verano del año 1909, el libro apareció en la editorial de Georg Müller y me aportó numerosos testimonios de aprobación. *Al otro lado* se escribió en un momento de evolución psíquica y muchos pasajes —secreta o abiertamente— así lo dan a entender. Mientras lo escribía, llegué a conclusiones muy claras: los acontecimientos extraños, grandiosos o cómicos de la existencia no son los únicos en contener valores muy elevados, sino que, también, lo penoso, lo indiferente y lo accesorio cotidianos encierran los mismos secretos. Ése es el sentido principal del libro. Sobre los otros rasgos que contiene —y hay muchos— no quisiera hablar aquí, pues sólo intento trazar mi evolución general a grandes rasgos. Al lector le queda buscarlos por sí mismo. Para explicar por qué en vez de expresarme a través de la pintura cogí la pluma tengo que confesar que, en esos momentos, por mor de una acumulación desbordante de pensamientos, la escritura resultó un medio mucho más apropiado y más rápido para mi desahogo.

Algún tiempo después de ese intermedio, que tanto me sirvió para aclarar mis pensamientos, me sentí aliviado y feliz por reanudar mi trabajo. Me puse a la tarea. Ahora conocía mucho mejor mis capacidades artísticas y sus límites. Sé que no tengo un robusto talento formal y que un cierto ascetismo permanecerá siempre, quizá, incorporado a mis trabajos; yo estoy más cerca del artista soñador, del visionario. Así, pues, los nuevos problemas que me seducían eran —al observarlos con cierta atención— iguales que antaño, pero percibidos de manera distinta, como a través de un médium puramente artístico. También quisiera subrayar otro cambio radical, concerniente al tema: había dejado de fascinarme la presentación fantástica y absurda de algunos seres y cosas, como por ejemplo cerdos nimbados por una aureola, casas provistas de grandes orejas, volcanes arrojando chorros de sangre, etc.

Posiblemente ese género fantástico no era más que la efervescencia de una imaginación en su estadio juvenil. Ahora no eran mis propias angustias morales que yo convocaba y que se liberaban en visiones extrañas y atormentadas. Estaba más cerca de la vida universal que palpita tan misteriosamente en los seres humanos, los animales y las plantas, en cada piedra, en cada cosa creada o por nacer. De nuevo eran formas humanas y animales en grupo, el esplendor y la descomposición, la

maldad y la putrefacción repulsiva, la adoración de lo sublime y el sufrimiento que supera la razón; en una palabra: todo lo que desde siempre había conmovido mi alma, con la diferencia de que mis trabajos eran mucho más logrados artísticamente.

Renuncié a los tonos fundidos y al color y me entregué al dibujo a pluma. Los medios más simples: trazos, manchas y puntos debían sostener toda la estructura imaginaria del dibujo. Después de tantas búsquedas creí, finalmente, que había encontrado algo que iba a convencerme, y tenía la esperanza de que podría seguir mejorando mi estilo y reflejar así, a través de mi obra, la imagen de ese mundo desquiciado. Como ilustrador, me caracterizo por la riqueza de ideas y por mi método de trabajo, que permite representar la quintaesencia de todas las acciones imaginables y que ofrece una posibilidad de reproducción bastante simple. Mi editor Georg Müller lo reconocía igualmente; ilustré para su sello una edición de las obras de Poe en seis volúmenes; *Aurelia*, una narración del romántico francés Gérard de Nerval; los cuentos de Hauff; la novela de Bierbaum *Samalio Pardulus* y los *Cuentos nocturnos* de E.T.A. Hoffmann; *Hachís*, de Oskar A. Schmitz, y *Lesabendio* de Paul Scheerbart. Al mismo tiempo apareció, editada por H. Esswein, una monografía ilustrada con numerosas reproducciones de los distintos periodos de mi creación.

Llegamos ahora al período actual. Si echo una mirada retrospectiva sobre mi vida, creo haber expuesto, sin demasiados vacíos, el conjunto y los puntos más sobresalientes de mi evolución. En mi obra se percibe cómo mi técnica ha ido afirmándose sin pausa. Así, la particular naturaleza de mis primeros dibujos, de un efecto más directo incluso en las personas sencillas, no puede ser cuestionada. Mi propósito no es indicar aquí las influencias ocultas. Anteriormente —y sobre todo en los últimos años—, estudié las inmensas colecciones de los gabinetes de grabado, que abarcan a todas las culturas, y esa tarea intensiva puede muy bien explicar las numerosas y delicadas variaciones de mis dibujos. La colección *Sansara*, presentada a los amantes del arte, nació el último año. A través de esta autobiografía, y a decir verdad gracias a ella, creo haber respondido, en la medida de lo posible, a una pregunta que se me ha hecho con demasiada frecuencia: “¿Cómo llegó a crear obras tan inquietantes?” Creo que ya expliqué, con bastante claridad, que la misma fuerza que en mi infancia me empujaba a la ensoñación y la rebeldía, y, más tarde, a la enfermedad, me empujó también hacia el arte. Soy incapaz de definir más claramente ese móvil, ese impulso creador, porque eso está estrechamente ligado a mi vida desde siempre, e incluso para mí continúa siendo un enigma. Si antes busqué en los filósofos explicaciones a todo eso, sin llegar jamás a esclarecer la cuestión, aún hoy leo sus obras con el mismo placer, pues mi imaginación —que me arrastra impetuosamente a visiones de caos—, se serena un poco durante los momentos de fría meditación; extraña y aparente contradicción que hay que aceptar como un hecho. Leí esas obras filosóficas con una curiosidad apasionada, como se leen las novelas, y a cada vez estaba impaciente por saber “a dónde llevará esto”. Por lo demás, hace años que una profunda resignación acompaña mi vida.

III

Con esa actitud escéptica ponía fin al ensayo autobiográfico que figuraba en la recopilación de *Sansara*. Ocho años después se reimprimía *Al otro lado*, y aproveché de buena gana ese momento para seguir aquí la historia de mi evolución —tan sobriamente como en la primera parte—; también para aclarar algunas cosas, y, además, para redondear algunos pasajes de mi relato. Ahora era dueño de un estilo, y, aunque las impresiones externas seguían estimulándolo, ya no se modificó. Aún hoy, mi ambición es ir, con los medios de expresión que he adquirido, hacia un arte más simple y más profundo.

Después de un extenso ciclo de dibujos titulado *Sansara* (1911), se me ocurrió la idea de plasmar en imágenes los sueños, tal como la memoria los refleja una vez que despertamos. Los sueños nocturnos igual que los llamados sueños diurnos o sueños despiertos eran para mí desde hacía tiempo una mina inagotable en la que los tesoros artísticos esperan al verdadero minero —que yo quería ser. Así, en épocas anteriores —aunque sin especial dedicación— conseguí arrancar buenas ideas de los sueños, como más de uno llegó a reconocer. Por ejemplo, Ferdynand Avenarius, que fue el primero en llamarme “artista de los sueños” en su revista “Kunstwart”. Yo estudiaba el sueño, pero desde un punto de vista formal y metódico. Leí sobre el tema teorías antiguas y absolutamente nuevas. Sin embargo, la observación de mi propia vida onírica era para mí, que buscaba la imagen, finalmente la más fructífera. Los jirones de recuerdos —seguramente no es más que eso— que suelen permanecer de los sueños, sólo le resultarán ilógicos a un espíritu superficial; su grandiosa fuerza y la belleza de su imperio se le escapan. Con una extensa *Serie de sueños*, en la que trabajé muchos años, comencé a plasmar en mi dibujo fragmentos inmediatos de los sueños. A continuación, después de haber descubierto algunas reglas, por decirlo así, de la composición del sueño, me dediqué constantemente a una elección y reuní en ricas combinaciones los motivos aislados sacados de los sueños. Finalmente, me habitué por completo a esa realidad fantástica del sueño, a la que muchos no le conceden existencia, y conseguí —ajustando, como hace el fotógrafo, la “puesta a punto” de mi tema sobre “el sueño despierto”—, realizar composiciones en ese sentido. Posiblemente mi extensa *Serie de sueños*, de la que sólo he ofrecido algunas láminas, conozca una nueva publicación; quizá acompañe por escrito algunos de mis pensamientos sobre la vida onírica —creo que se puede discernir ahí algo maravilloso cargado de promesas— como introducción a esa serie. Me limito aquí, pues, a mencionar ese ámbito, que de ninguna manera considero agotado.

Al lado de esa obra principal, no olvidé mis trabajos de ilustración. Realicé los dibujos de algunos libros interesantes, para mi principal editor Georg Müller. En razón de las actuales circunstancias, más bien poco favorables, sólo en parte aparecerán más tarde. Entre esas obras, quisiera enumerar sobre todo *Las diabólicas*,

de Barbey d'Aureville, para la que realicé ilustraciones a toda página y algunas viñetas; también ilustré *Josafat*, apasionante y cautivador relato, traducido del catalán, que me inspiró numerosas composiciones. La bella edición de Poe se completó con otros dos volúmenes, y de Hauff apareció un segundo libro: *Fantasías en una cervecería de Bremen*. La obra más profusamente ilustrada —llevaba sesenta dibujos— fue *El doble*, de Dostoievski, que R. Piper editó con una bella presentación. A continuación, realicé una pequeña serie de litografías titulada *Los siete pecados capitales*, para J. B. Neumann, que había abierto un salón de grabado en Berlín. Después, Franz Marc, co-fundador con Kandinsky de "El Jinete Azul", le propuso a un grupo de amigos entre los que yo me contaba, realizar una edición de la Biblia representativa del arte moderno. Cada uno podía escoger su capítulo. También participé en esa obra y me encargué del profeta Daniel. Ese trabajo finalizado después de 1913 permanece guardado en mis cajones; ahora va a ser editado por Georg Müller. Visité a Marc en Sindeldorf —los dos días que pasé allí fueron dos días de resplandeciente amistad—; parecía que corrían buenos tiempos, llenos de promesas, para el arte nuevo. A menudo, algunos podían encontrar razones para inquietarse ante el hecho de que ese arrebato, esa audacia con que se manifestaban tantos jóvenes, hubiese contagiado igualmente a los mayores. Pero yo me sentía feliz ante aquel estallido iconoclasta y a la vez creador, de vivir esas experiencias en el transcurso de mis repetidas visitas a Munich, y de comprobar, cada vez, que se alcanzaban nuevos objetivos. El novísimo movimiento artístico —cuyos representantes particulares se llamaban cubistas, expresionistas, sintetistas, constructivistas, neoclásicos— encontraba apoyos en todas partes; otros pertenecían al grupo de los *naifs*, de los primitivos o semi-primitivos, de los partidarios del arte negro, o más que nunca daban rienda suelta a su exaltación, o bien eran simplemente manieristas. Críticos inteligentes acercaron antiguas formas de arte a las de épocas más recientes; descubrieron contrastes, una vez más, allí donde yo mismo no veía nada. De todo lo que leí sobre el tema, los análisis apasionados e inteligentes de Wilhem Hausenstein fueron los que más me gustaron. Aunque yo hubiese previsto esa evolución, que se desarrollaba en paralelo con otros fenómenos de nuestra época, me sorprendía sin embargo la rapidez que todo aquello había adquirido. Era como una fraternidad de todos los jóvenes artistas europeos y el nacionalismo ya no desempeñaba ningún papel. El comercio de los objetos de arte, al principio desconfiado, se abría poco a poco a las obras nuevas, hasta el punto de ser aceptadas por los coleccionistas y los propietarios de galerías. En todos los lugares comenzaron a aparecer nuevos marchantes; en Munich, nadie más apasionado e idealista que el querido y combativo Max Dietzel.

Únicamente añadiré que el arte nuevo, en general, ejercía sobre mí —indirectamente— una acción extraordinaria. Cuanto más abstractas eran las formas, limitadas o toscas, más rápidamente me saciaba. Yo no tenía la audacia de renunciar en mis propios trabajos a las sutilezas internas por las que se organiza la composición

y que tanto me había costado hacer perceptibles, para arriesgar, con nuevas experiencias, los resultados que había conseguido. Mi entusiasmo por el arte es capaz de pasar por todos los grados y, por supuesto, aprecio de manera diferente la fuerza creadora de un espíritu, el encanto fugaz del momento o una obra antigua. Admiro a los maestros antiguos, los de épocas lejanas o más recientes, pero la obra conseguida a medias o malograda despierta, igualmente, mi simpatía, cuando percibo en la misma un esfuerzo sincero y efectivo.

Cuando veo con qué extraordinaria seriedad han trabajado durante años pintores como Paul Klee o Franz Marc, Feininger o Picasso, me esfuerzo por comprender y penetrar en el sentido de su obra, y no las soslayo con una actitud de lamento o desprecio. La introducción al conocimiento y la visión reales es la voluntad de conocer y ver.

Gracias a los intercambios, a los regalos y las compras, he podido hacer una colección variada de obras de arte originales, antiguas y modernas, y de libros que vinieron a aumentar mi biblioteca y me permitieron encontrar la evasión en muchos momentos críticos y que, casi todos los días, me ofrecieron satisfacciones nuevas.

Son muchos los indicios que prueban que mis dibujos y libros encuentran poco a poco una larga audiencia. En el transcurso de sus mutaciones mi arte perdió seguidores que, años más tarde, volvió a recuperar. Algunos desertaron por completo, otros siguieron mis trabajos con un interés sostenido, como Félix Grafe, que posee una colección de obras capitales que abarca los distintos periodos de mi evolución.

Los viajes ya no desempeñaban en mi vida un papel decisivo, pero rememoro con nostalgia una bella excursión por el Danubio y los Balcanes, en compañía de Karl Wolfskehl. En más de una ocasión también fui huésped de Alexander von Bernus, en el monasterio de Neuburg, cerca de Heildelberg, que me dejó una viva impresión poética. En 1912 fui a Praga, a la que no había vuelto desde mi primera juventud. Igualmente, visité al sutilísimo pintor Eugen von Kahler, entonces gravemente enfermo y que murió poco después. Los recuerdos ligados a ese encuentro están entre los más tristes.

Por entonces existía en Praga un círculo de artistas modernos, sobre todo poetas. El nuevo espíritu exigía de aquellos para quienes el arte significaba algo una toma de posición. Y a mí, que me había convertido en un verdadero campesino, enseguida me agotaba la estancia en la ciudad, a la que ya no estaba acostumbrado. Ciertamente, sólo me encontraba bien en mi casa, en aquella calma, que de vez en cuando rompía la grata visita de algún amigo procedente de la ciudad. De esa manera estaba al corriente y me mantenía al tanto de las cosas: “el nuevo espíritu”, por muy vaga que fuese la palabra, tenía un rostro de trazos precisos, había en el aire un no sé qué anunciador de un grandioso parto.

En enero de 1914 decidí hacer un nuevo viaje a París para ver, en su origen, las obras de los artistas que representaban la nueva pintura. En Munich conseguí algunas recomendaciones; al abandonar Estrasburgo —viajaba con mi mujer— dimos un

rodeo por Colmar para visitar el altar de Isenheim. En París, me di cuenta desde el primer día que mis nervios resistían mal las distintas impresiones que asaltaban mi espíritu; estaba ansioso, abatido y excitado, y mi estancia allí hubiera sido una completa frustración si Ernst Sonderreger —a quien estaba recomendado— no hubiese aparecido al punto como un ángel salvador. Se ocupó de nosotros con exquisita atención y contribuyó al pronto restablecimiento de mi equilibrio. Aunque esta vez, gracias a la compañía de ese nuevo amigo, pude verdaderamente conocer París, y descubrir muchos aspectos de la vida diurna y nocturna de esa ciudad única; sin embargo, no saqué impresiones tan extraordinarias y definitivas como las de mi primera visita. Me sorprendió la cantidad de automóviles que circulaban por las calles, reemplazando a los viejos simones; había más cines, todo estaba más usado y deteriorado, los restaurantes eran más caros y la comida un poco adulterada, en una palabra todo estaba americanizado.

Algunas pequeñas cosas se ofrecían a mi interés por el arte gráfico; los franceses de hoy no tienen un ilustrador de la clase de Max Slevogt. Las manifestaciones más avanzadas del arte moderno no despertaron en mí una oposición tan fuerte como la que había previsto. Vi hábiles collages de Picasso, realizados con fragmentos de periódicos, con trozos de madera y papeles de música, que, en tanto que rompían la norma habitual, me impresionaron mucho.

No obstante, para ver esas nuevas tendencias artísticas, hoy ya no es necesario ir a París. Esas cosas interesantes que llevan tan a menudo un sello común, también se encuentran representadas en otras grandes ciudades.

Sentado en el tren, casi dormido, todavía emocionado, aún mis sentidos guardaban aquel especial ambiente: extravagantes vestimentas, caras extrañas, aires de tango y las pinturas antiguas o cubistas.

Entonces, en el mes de agosto del año 1914, estalló la época más desastrosa. ¡Qué artista, o incluso qué hombre se hubiese atrevido a predecir que fuera posible aquel vendaval de odio, de rabia y de fanatismo como el que se desencadenó en aquel momento! En el aislamiento en que vivía, me sentí como rodeado por un olor de putrefacción, y durante los cuatro o cinco primeros meses de la guerra se apoderó de mí una insondable y persistente tristeza y abatimiento. Sin duda, la gigantesca organización de la maquinaria de guerra, los espantosos actos de destrucción, el heroico valor de los aislados me impresionaban y conmovían; pero nunca manifesté el entusiasmo elemental que otros muchos sintieron; yo permanecía al margen. Por tres veces sufrí la pesadilla de una llamada del consejo de revisión. A cada vez me declaraban débil físicamente hasta que, llamado por cuarta vez ante una comisión de recuperación de hombres de 40 años, fui oficialmente liberado de nuevas comparecencias. Todo el mundo se equivocaba sobre la duración de la guerra; brutalidad y crueldad de toda índole invadían cada vez más los resquicios de la vida privada. Poco a poco, los alimentos eran peores, y peores los abusos de toda clase; pude comprobar cómo la angustia ponía de relieve todas las miserias del ser humano,

aunque también dejaba ver en otros bellos rasgos del alma.

Algunos de mis amigos pensaban que esas circunstancias deberían ejercer sobre mí un efecto estimulante. ¡Pero estaba tan cansado! Las numerosas restricciones, la devaluación del dinero, todo eso no disminuía mi tristeza. Demasiadas muertes, y, entre ellas, las de amigos queridos y admirados, me deprimían aún más. Tenía la cabeza y los miembros pesados como si me hubiesen rellenado las venas con arena, y, con frecuencia, permanecía durante horas enteras tumbado sobre un diván, en un estado de oscuro entorpecimiento. A. von Heymel, Scheerbart, Max Dietzel, Weissgerber y tantos amigos más jóvenes, que aquella inimaginable locura se iba a llevar por delante.

De vez en cuando —con un esfuerzo de mi voluntad—, aún podía apreciar la magnífica belleza de aquel sereno paisaje, casi deshabitado, entre el que yo vivía. Después, me encontré de nuevo con caras hurañas o ensombrecidas. En modo alguno podía comprender la expresión “sangrientas pérdidas”. Así, pues, hubiese perecido, a pesar de los constantes cuidados de mi mujer, si no hubiera encontrado en la pasión de crear, que me embargaba por completo, un elixir de vida. Ciertamente, se me había hecho difícil volver al trabajo, toda vez que comenzó a escasear el magnífico papel verjurado que yo utilizaba. Durante catorce años utilicé para mis dibujos —casi exclusivamente— el reverso inmaculado de viejos catastros, y me costaba mucho habituarme a cualquier otro material. Por suerte, después de algunas búsquedas, encontré un papel de mi gusto. Movilicé todas mis energías, y, en los años 1915-1916 realicé el ciclo titulado *La danza de la muerte*, apoyándome en ideas que me obsesionaban desde hacía tiempo y que se habían simplificado con el paso de los días. Elegí de ese conjunto de dibujos los que fueron editados, en una serie, por Bruno Cassirer en Berlín.

Aparte de esa actividad también me dedicaba, cuando era posible, a educar mis facultades de conocimiento. Me sentía embargado por el recuerdo de aquella muda y febril experiencia vivida una tarde en Friedenau, a la que va ligado el nombre de Kant, y de la que he hablado igualmente en estas notas. Y, violando en una cierta medida mis sentimientos secretos, declaro aquí que fueron los trascendentes descubrimientos de Kant los que me han dado la noción más fuerte del valor de la filosofía. No se trata del elogio admirativo, sino más bien del silencio de un inmenso respeto que merece el espíritu más circunspecto que haya pasado por este mundo.

Sus sucesores, para mí los Schopenhauer, Mainländer, Bahnsen, explotaron la enorme herencia, cada cual con el vigor de su talento, y mi pensamiento estuvo durante la mayor parte de mi juventud bajo la influencia de esas lecciones, hasta que, poco a poco, conseguí alejar de mí aquella concepción estrictamente negativa del mundo; después —hacia 1909—, caí en un esquivo pesimismo, que se explica al final de la segunda parte de esta biografía.

La embriaguez del trabajo creativo se reveló como un soplo vital tan impetuoso que debía, una y otra vez, volver mi pensamiento hacia esa fuente misteriosa; a la

larga, ya no podría mantener mi actitud fría y escéptica.

No conozco ninguna obra de valor tan considerable y de carácter tan problemático que pueda compararse con la de Kant, aparte de la de Nietzsche. Me atrae desde siempre como una amante secreta, pero cada vez que he intentado hacer un análisis preciso, sus errores de pensamiento —evidentes e incluso espantosos— me obligaban a desistir. El sortilegio propio de la filosofía afirmativa de esa Esfinge se ilumina sobre todo en *Ecce Homo*, la obra del fin, de la que tuve conocimiento, por un feliz azar, antes de su publicación. Pero las ideas de Nietzsche prendieron en mí relativamente tarde. ¡Realmente, él es nuestro Cristo!

Un día, un arrebato interior me llevó a alturas vertiginosas, y, al punto, me vi impelido a degustar a pequeños tragos, con la fría sobriedad heredada de Kant, el ardiente y embriagador brebaje de Zaratustra; entonces, a partir de ese momento, tuve lo que deseaba, es decir una visión intuitiva que resistió la prueba en todas las circunstancias imaginables de mi vida. Me parecía que un inmenso secreto me había sido revelado, cuya iluminación lo sobrepasaba todo, y que se derramaban sobre mis ojos los esplendores del mundo con una extraña luz de eternidad.

Aunque yo hubiese encontrado entonces las soluciones justas, por el momento, sin embargo, aún no habían entrado en mi sangre, lo que me impedía llegar a una armonía perfecta. Por eso dediqué también una atención plena de curiosidad a todos los movimientos espirituales y a sus resultados, que, al lado de la nueva tendencia del arte, iban a resultar muy significativos para nuestras ardientes aspiraciones. *Proclamaciones*, de Derleth, *Fines últimos* de Weininger, *Grandes ambiciones*, de Al Raschid, *Nacimiento sideral*, de Volker, *Odisea del alma*, de Dom, *Alfa y Omega*, de Knoops, estas creaciones del espíritu que elijo entre otras son para mí testimonios aislados de nuestra época, tan importantes como las ediciones de las antiguas cosmogonías, la tendencia a ocuparse de obras ocultas.

Superando en mucho la impresión que me dejaban esas lecturas de entonces, de vez en cuando llegaban a mis manos breves y cáusticas disertaciones filosóficas del doctor S. Friedländer-Mynon, que desplegaba una singular visión de las cosas; de un tono sarcástico, a veces, y otras encendido, llevando al lector a una comprensión profunda de los valores actuales. Cuando por primera vez leí esos ensayos me parecieron un rugido de león, y, dominando mi timidez, le escribí a ese nuevo filósofo; entonces, pues, me enteré con sorpresa que desde tiempo atrás conocía algunos de mis trabajos —como *Al otro lado*—, que apreciaba. Me ayudó a superar mi torpeza con las cosas abstractas. Y aquello me hizo muy feliz, pues era el único eco de una voz cuyo registro era comparable al mío.

Mas, a pesar de todo, todavía no lograba dominar mi vida cotidiana como me hubiese gustado hacerlo. Esas visiones de una iluminación auroral finalmente descubiertas, no pudieron —lamentablemente— tener inmediatas aplicaciones prácticas. En aquella residual confusión, en lo que se convino en llamar “el hombre verdadero”, miserable símbolo con el cual el *yo* —en su realidad viva— nunca llegó a

unirse, se ocultaba —sin que lo pareciese— la reacción provocada simultáneamente por la nueva luz.

Una antigua y como demoníaca disposición hacia lo caótico, que me obligaba a auscultar secretamente lo que ocurría a mi alrededor, y que socavaba los principios afirmativos que había descubierto, ponía en mis días una sombría inquietud. Era incapaz de procurarme alguna distracción externa: bien un viaje o la visita de unos amigos, porque el gendarme, vestido esta vez como Dios de la guerra, limitaba cualquier tentativa de esa clase. Así que, otra vez, comencé a pasar muchas horas del día tumbado sobre un diván, en un estado de agotamiento nervioso; a menudo estaba aquejado de una molesta debilidad de la vista, lo que me obligó a reemplazar durante algún tiempo las composiciones en blanco y negro —como era mi norma desde hacía años— por trabajos en color. Así, pues, mi ira contenida necesitaba encontrar una vía de desahogo, y dos tristes golpes de suerte originaron la maravillosa crisis que trataré de describir a continuación. Una carta funesta me informó al mismo tiempo de dos horribles noticias: la muerte —en el frente de guerra— de mi querido amigo Franz Marc, y el suicidio —por envenenamiento— de una mujer a la que conocí bien en París.

Por esa época leía precisamente una interesante obra de Hermann Grimm sobre la doctrina de Buda. Aquella conmoción moral me arrastró hacia lo que tenía más cerca, el budismo. En sólo unas horas, esa ciencia milenaria revivió en mí de manera tan clara y espontánea, me llevó tan lejos, que todo lo demás dejó de tener importancia: se me cayó la venda de los ojos, y mis pensamientos y mis trabajos se transformaron en una vana ilusión de conocimiento, mi vida en una fatamorgana de la existencia.

Me alejé de mis seres queridos, incluso de mi mujer, abolí toda correspondencia con mi familia y amigos, y, asimismo, tomé algunas disposiciones finales sobre mi propiedad, que, igual que mi arte, se me había hecho indiferente, extraña. Mi mujer me pidió que, al menos, durmiera en casa, y así habilité una pequeña estancia como una “celda”, en la que, finalmente, sólo habría de disponer de un colchón y un lavabo.

La mayor parte del tiempo sentía que me embargaba, poco a poco, una extraña y serena levedad. Me levantaba muy temprano, ordenaba mi ropa y limpiaba mi celda, a la que nadie tenía acceso.

Comía mucho menos que de costumbre, solamente verduras, y durante horas enteras daba largas caminatas, sin preocuparme del tiempo que hacía. Un día de lluvia, aparté del camino decenas de gusanos para evitarles la muerte. Con frecuencia me sentía feliz y como protegido por un hechizo contra las desgarraduras del alma, y hacía —en un éxtasis permanente— la experiencia de cosas monstruosas como las que a menudo había imaginado antaño para mis dibujos, y que la leyenda atribuye por azar a san Antonio.

También a menudo sentía en mi interior el ruido continúo de múltiples pasos, acercándose o alejándose, o un clamor, o gritos y un rumor como de muchedumbre humana. Cuando hablaba con la gente, todo adquiría entonces un doble sentido, la

cosa más banal, más cotidiana, me resultaba extraña: las piedras, los montones de inmundicias, los troncos de los árboles y cosas análogas, tenían una virtud plástica tan prodigiosa, que —aunque experimentase en mi alma un sentimiento dulce y feliz —, apenas intentaba mirarlos, me parecían espectros y fantasmas que se burlaban maliciosamente de mí. Los fenómenos más extravagantes, los más inverosímiles son de naturaleza incomunicable, y, en muchos casos, generalmente imposibles de describir.

Igual que las noches, que apenas se dejan describir. Desde los primeros días, dejé a un lado el libro de Grimm y me sumí en la lectura de los pensamientos de Buda, obra que ya poseía. Leía durante las noches uno o dos sutras y apagaba la luz, después, haciendo los ejercicios respiratorios recomendados, permanecía la mayor parte del tiempo acostado sobre la espalda, sumido hasta el amanecer en la más profunda meditación. Durante ese largo período no dormí jamás, sin embargo una agradable y dulce somnolencia acababa apoderándose de mí.

Escondido en el bosque, tumbado sobre un montón de paja o sobre mi pelliza, inspiraba el aire siguiendo el método prescrito, hasta que todo se hizo extrañamente sereno en mí, y el susurro del viento, el canto de los pájaros, como llegando desde una lejanía infinita, eran casi imperceptibles: sólo para mi subconsciente; los últimos rumores extraños se desvanecieron, el hilo de la sensibilidad se hizo aún más tenue; después, todo lo que aún sentía de mí ya no era más que una claridad cenicienta. Más lejos, era la noche entera; algunas veces, semejantes a sombras sobre un fondo oscuro, surgían siluetas maravillosas, un pequeño pez por ejemplo, y otras, el cielo parecía cubrirse de figuras que recordaban a extrañas cifras cabalísticas.

Los ejercicios respiratorios me fatigaban mucho y al cabo de poco tiempo sentí cerca del corazón un peso insoportable, como si arrastrase una montaña conmigo. Un día, asustado por la recurrencia de aquellas violentas palpitaciones, la angustia hizo presa en mí; entonces, decidí rechazar el budismo por completo y volví de nuevo a la vida familiar, a la vida habitual de antes. Eso ocurría el 12 de marzo de 1916.

Aquella crisis había durado exactamente diez días.

Hace ahora quince años desde que conseguí liberarme —en feliz momento— de los tentáculos vegetales de un jardín tan peligrosamente encantado. Como un soplo glacial, el recuerdo del solapado ataque todavía me roza a veces, y en todos los pliegues del laberinto del alma que me son accesibles, descubro con un sutil olfato trampas aún disimuladas.

No solamente viví, después, los meses más serenos, sino los más afortunados, plenos de una felicidad más que terrenal. Ahora cuido mi lucidez con avaricia, para mantener más firmemente —con mano diestra— la autoridad sobre mi desbordante imaginación creadora.

Como me creía apresado entre los pliegues tortuosos de una máquina universal, fueron necesarios años antes de que me apareciese la luz de la aurora, antes de comprender que el Todo es un juego del escondite del espíritu eterno, inagotable, con

una necesaria distribución de papeles. Nosotros —ese ser misterioso que es el nuestro —, somos el poeta, el director y el actor de esa pieza.

¿Quién podría, con las pobres palabras de nuestro lenguaje, dar más que una imagen de lo inexplicable?

IV

Desde esos acontecimientos ya no me dejé llevar tan enteramente por mi imaginación y comencé a enfrentarme, a mi manera, con los horrores que todos sufríamos. Me sentía completamente absorbido por la pasión creadora; la misma me procuraba tal satisfacción y serenidad que ni siquiera los acontecimientos más desgraciados paralizaban aquellas inquietudes. Es verdad que cuando no podía crear, fueran cuales fuesen las causas —pues en mi vida ocurrieron esos periodos de inactividad artística— representaba una desdicha para mí.

Los años 1916-1926 fueron los más prolíficos de mi vida. Voy a enumerar aquí, tan sólo, aquellos trabajos que han sido vendidos o publicados. Se editaron los dos últimos volúmenes de la obra de Poe, ilustrados con mis dibujos. Después aparecieron, casi seguidamente unos tras otros: *El profeta Daniel* (1918); *Neue Tráume*, de Friedrich Huch (1921); *Kritiker* (1920); *El camino de Damasco*, de Strindberg (1922); *Cuentos Extravagantes*, de Balzac (1920), y un cartapacio titulado *Filigranas* (1923). También se editó un álbum con mis dibujos titulado *Animales de rapiña* (1920), y la novela metafísica de Friedländer-Mynon *Der Schopfer* (1920), con mis dibujos. Para la editorial Piper ilustré *Wunderbare Gesellschaft in der Neujahrsnacht*, de Jean Paul (1921); una carpeta con excelentes facsímiles titulada *Am Rande des Lebens* (1921), y (en el año 1924) mis veinte ilustraciones para *La Biblia*, con dibujos coloreados a mano. También ilustré para distintas editoriales: *Cándido*, de Voltaire (1922); *Majoratsherr*, de Arnim (1922); *Das älteste Ding der Welt*, de Seidel (1923), y una nutrida carpeta con litografías titulada *El mundo onírico* (1922); ese título fue propuesto por la editorial, y sustituyó el mío: *Mi mundo onírico*, después el libro con mi propio texto *Von verschiedenen Ebenen* (1923), y las litografías para el fragmento de la novela *Unpaar*, de Heinrich Lautensack (1926); un álbum con cincuenta dibujos (1923), y la carpeta *Las Máscaras* (1924). Y a continuación: *Judenbuche*, de Droste-Hülshoff(1925); *Smetse* y *El forjador*, de Coster (1923); *Fasching* de G. Hauptmann (1925), y también tres cuentos de Andersen para la editorial B. Cassirer (1922), que asimismo publicó mi *Die Blätter mit dem Tod* (1918). Finalmente se editó un pequeño libro con ocho dibujos y un texto muy breve de mi creación (1925). Todos esos trabajos y el muy popular *El breviario de Kubin*, con texto de E. W. Bredt (1922), llevaron mi obra al conocimiento de un público más amplio.

Deseo añadir que mi trabajo titulado *Rauhnacht*, surgió de una manera un tanto

extraña. Me desperté durante una noche, en el otoño del año 1924, con síntomas de gripe y una calentura de cerca de 40°. Delirando, me sentía rodeado de personajes muy extraños situados en un paisaje conocido. A primera hora de la mañana, aún en la cama, comencé a dibujar ese sueño. Se desarrolló en una cinta de papel de cinco metros de longitud cubierta de dibujos. Lamentablemente, para que pudiera editarse en una carpeta tuvieron que cortarlo en trece fragmentos. A continuación realicé dibujos para el libro *Episoden des Untergangs* (1926), del escritor expresionista R. R. Schmidt, e igualmente ilustré libros de leyendas para niños.

Esa enumeración de mis trabajos, un tanto monótona, dirigida a los interesados en mis logros artísticos, no me parece desdeñable porque precisamente al citar cada uno de esos títulos me vienen a la memoria —con todos los detalles, tanto agradables como desagradables— aquellos momentos de mi creación. En la primavera del año 1921, por primera vez, expuse algunos de mis trabajos, que abarcaban un período de veinte años de mi actividad artística. En tres amplias salas de una galería privada de Munich, ciudad a la que considero mi segunda patria, se expusieron solamente los aguafuertes y dibujos más significativos, y esa exposición resultó un verdadero éxito.

Ése es el período de mi vida que prefiero y no aquellos años lúgubres de mi infancia, o los airados tiempos de mi precoz adolescencia. Los momentos más duros habían quedado atrás, y, ahora, me sentía colmado de una serenidad beatífica, como si recorriera un valle bañado por el tenue sol de esa hora avanzada del mediodía, y esa deambulación me parecía tan plena y no menos fascinante que aquellos años del pasado. Y, sin embargo, no podía olvidar que me acercaba ineluctablemente a la vejez. No recuerdo, ahora, cuando me di cuenta por primera vez del paso de mi vida. Ésa es la parte trágica de nuestra existencia. Hasta que llega el momento en que nos abandonan ya para siempre, silenciosamente —ya para siempre— nuestros amigos, las amadas compañías de nuestro peregrinaje terrestre… A pesar de todo, mientras uno existe, siempre puede haber lugar para la sorpresa, y, ésta, surgir en nuestros días presentes o futuros.

Sucedió que a mis casi cuarenta y cinco años, el corazón, según creía colmado de cariño hacia mi mujer, comenzó a prendarse de amor por una joven pintora. Pero gracias a mi mujer, mi mejor compañera y amante, un verdadero regalo del destino, que supo comportarse con tanta sabiduría en esa situación verdaderamente delicada, se apagó en mí aquel fuego de amor repentino y volví a la realidad. Uno es fantasioso no solamente expresándose en trabajos artísticos. Es más, diría que la fantasía es el destino. A la sabia compañera de mi vida le debo tanto que sería un poco ridículo enumerar tan sólo algunos detalles. Ella fue para mí una maga maravillosa que me ayudó en mi trabajo, se preocupó de mi alma perdida con todo su amor, y, con tanto esmero acomodó nuestra casa que ya no podía sentirme mejor en ella. Por supuesto que nuestra vida también tuvo su cruz. Mi mujer enfermaba con más frecuencia de lo que suele ocurrirle a las pertenecientes al denominado “bello sexo” y, por tal razón, sus males me atormentaban hasta límites insospechados. Desde que —en el año 1948

—, me dejó completamente solo, siento con una fuerza especial lo que ella significaba para mí y cuánto la echo de menos.

Ahora ya no emprendía viajes largos. En 1922 disfruté de una semana muy tranquila en Berlín; y en la primavera del año 1923, pasando por Karlsruhe, le hice una visita a Hans Thom, ya muy anciano por entonces. Se movía con ayuda de una silla de ruedas, y, para sus ochenta y tantos años, aparentaba muy saludable y tenía buen humor. Me alegré mucho al saber que él se interesaba por mi trabajo artístico. En el otoño del año 1924 hice un viaje a Suiza. Visité allí, entre otros, al doctor Ludwik Klages, un amigo del misterioso Alfred Schuler, y al escritor Fryderyk Huch, a quienes había conocido en mis tiempos de Munich, a comienzos del siglo veinte.

En mis años de madurez, lo que más me colmaba era disfrutar de la especial belleza del bosque bávaro. Como por casualidad entré un día en sus perímetros, que sin embargo no se encontraban lejos de mi mansión. Allí, por primera vez, pude contemplar la plena belleza del bosque; comparados con aquél, otros bosques no cuentan. Podía caminar horas y horas entre el verde apagado, percibiendo árbol tras árbol, una raíz y otra; todo aquello me embriagaba: su misterio consistía en la extraordinaria vida del reino vegetal.

Mi cincuenta cumpleaños, sin que yo lo hubiese presentido, se convirtió en un bellísimo homenaje, con congratulaciones de todo el mundo y numerosos artículos sobre mi obra, y entonces comprendí lo que valgo y qué significa mi arte. Dos años después fui elegido miembro de la Academia Francesa de Arte; y ese reconocimiento de alcance mundial me produjo una inmensa satisfacción, porque venía de mis propios colegas.

Desearía enumerar a continuación, para los devotos de mi arte, mis siguientes trabajos: en el año 1930 apareció *Stizel, der Kobold des Böhmerwaldes*, y, después, como fruto de algunos esbozos, surgió una carpeta con veinticinco monotipias, titulada *Orbis pictus*. Deseaba ilustrar alguna de las novelas de Kafka, pero al parecer ese momento aún no había llegado. Me limité entonces a ilustrar un relato titulado *Landarzt*. Sin embargo, me dediqué con muchas ganas a proyectar la escenografía del drama *Rauhnacht*, de Richard Bilinger, una obra teatral muy fuerte y atrevida sobre la vida campesina, y así surgió en aquel año un ciclo de dibujos en color para el teatro “Kammerspiele”, de Munich. En el mismo período surgieron también otros trabajos, en los que podía apreciarse que mi manera de dibujar estaba cada vez más próxima de los modos propios de la pintura. Con renovado vigor acentuaba las formas más complejas, dándole un tratamiento más monumentalista, para lo cual me servía lo mismo de la pluma que del pincel. Pues gracias a la riqueza de mi mundo imaginario, ahora consolidado por tantos años de trabajo, pude aplicar esas intenciones a mi creación.

Cuando dejamos nuestro mundo interior y miramos la realidad, nos damos cuenta de que lo que nos amenaza sigue ahí, sobre nosotros, como constelaciones irremediablemente poco favorables. Hace ya mucho tiempo que me he resignado al

hecho de estar creando —aparte de que lo haga para mi propia satisfacción— tan sólo para un reducido círculo de los que me entienden y aprecian de verdad. Cada vez nos detenemos con más frecuencia ante el túmulo donde yacen los más íntimos amigos y también aquéllos a los que apenas conocíamos, y, finalmente, uno se queda en la más completa soledad. En el peor de los casos, nos damos cuenta de que nuestro cuerpo ya no nos responde como antes, y eso nos obliga a pensar en la situación de irresponsabilidad en la que transcurre la vida humana.

Sin embargo, una vez más, la interminable provisión de mis fuerzas vitales me ayudaba a sacar provecho del nuevo día. Y en eso consiste, pues, el sentido de ser artista: en cubrir el absurdo de la existencia con el velo de nuestra creación, un fino velo que cubre el abismo de las fuerzas caóticas, que poco significan para nosotros en comparación con el mundo aparente en el que transcurre nuestra verdad: aunque esa verdad sea únicamente una ilusión tan etérea como el transcurso del tiempo.

ALFRED KUBIN nació en Leitmeritz (Bohemia), en 1877. Pintor, grabador y dibujante, con sus imágenes oníricas y visionarias crea un mundo inquietante que refleja la convulsa belleza de las cosas sometidas al imperio y las desgarraduras del tiempo.

Ilustró obras de Edgar Allan Poe, Kafka, Nerval y Fiodor Dostoievski. Fue amigo de Kandinsky, Klee, Odilon-Redon, Franz Marc y otros grandes artistas de la época. Como escritor, con la novela *Al otro lado* (1909), —traducida a todas las lenguas— alcanzó proyección universal. Kubin escribió esta novela "en un momento de evolución psíquica y muchos pasajes —secreta o abiertamente— así lo dan a entender", como relata en la *Autobiografía* incluida en este volumen. Además de *Al otro lado*, Kubin es autor de relatos de ambiente onírico y fantástico recogidos en títulos como *El gabinete de curiosidades, El trabajo del dibujante, Historias burlescas y grotescas*, etc., (publicados en MALDOROR ediciones).

Alfred Kubin, con una prosa impregnada de cierto misticismo visionario, de percutante belleza, es un escritor que comienza a dejar de ser secreto para instalarse definitivamente en la posteridad.

Notas

[1] Ahasverus es el nombre del Judío errante. <<

[2] Venusberg, literalmente “Monte de Venus”, es la montaña sobre la que —según una leyenda alemana de la Edad Media— Venus, la hija de Belcebú, habitaba una espléndida residencia. En ese palacio fue retenido el caballero Tannhauser. <<